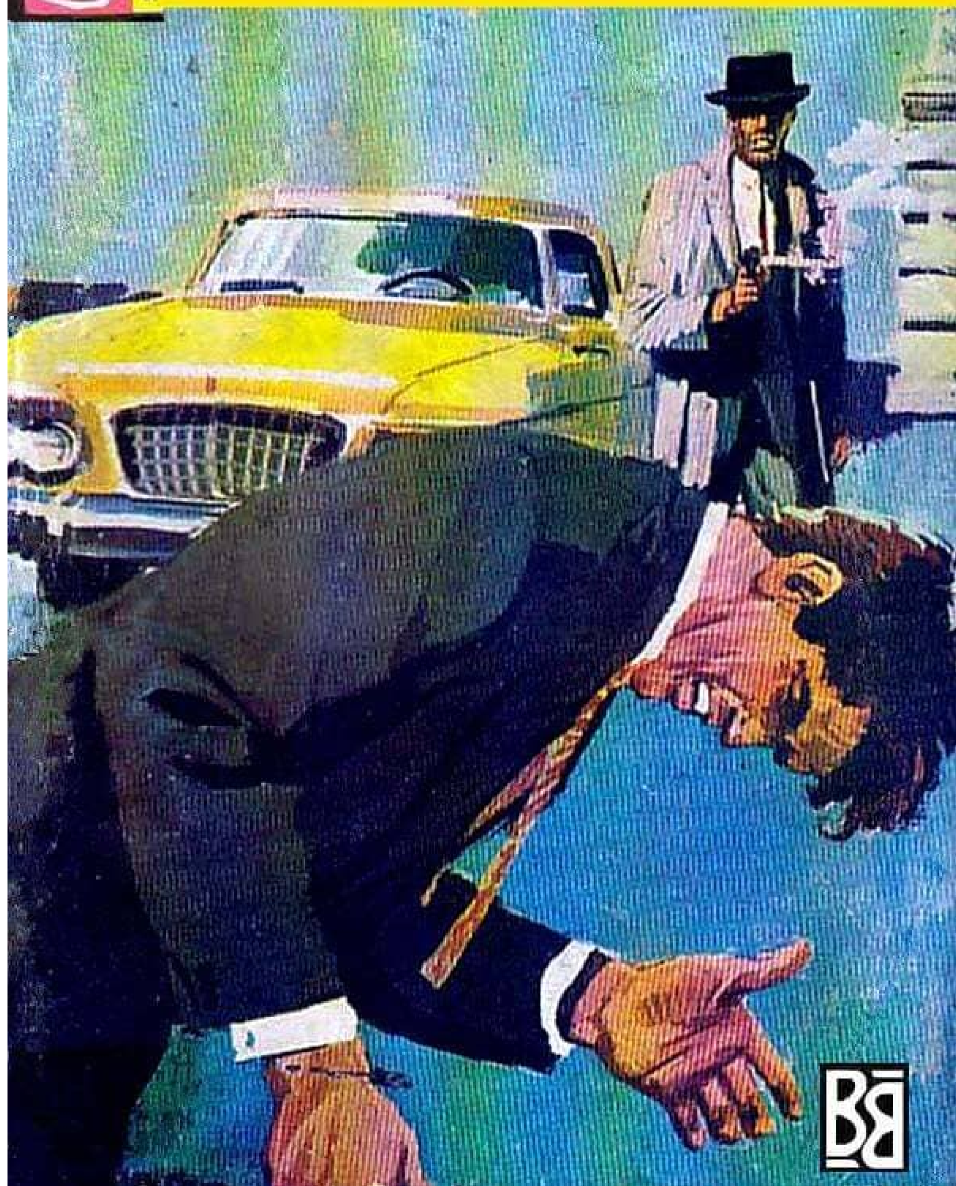
SS SERVICIO SECRETO

LAS ARMAS DEL MAL

Burton Hare



Los dos sepultureros comenzaron a tirar paletadas de tierra dentro de la fosa. La tierra resonó como un repiqueteo sobre el ataúd. Nadie se movió y cuantos estábamos asistiendo a la ceremonia teníamos los ojos clavados en el agujero dentro del cual iba a pudrirse el que había sido brillante periodista.

El pastor, tras su panegírico sobre la muerte y el difunto, inició una plegaria. Algunos la siguieron, otros continuaron mudos, inmóviles. El sol caía cual fuego líquido, sobre nuestras cabezas. La brillante luz se le antojaba a uno falta de respeto hacia el muerto.

Saqué mi pañuelo y lo pasé disimuladamente por el cuello. El calor era de castigo.

La tierra seguía cayendo sordamente dentro de la fosa. El pastor dio por terminada la plegaria y los asistentes al entierro iniciaron el desfile. Yo seguí todavía unos minutos más allí, pensando en Jerry Haldane, en su condenada pluma y en la borrascosa amistad que nos había unido.



Burton Hare

Las armas del mal

Bolsilibros - Servicio Secreto - 750

ePub r1.0
LDS 06.11.17

Título original: *Las armas del mal*
Burton Hare, 1964
Cubierta: Lozano Olivares
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





BURTON HARE

LAS ARMAS DEL MAL

SERVICIO SECRETO Nº. 780

Publicación Semanal
aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA

Prólogo

La fiesta estaba en su apogeo. Multitud de invitados paseaban por los maravillosos jardines, algunos con copas en la mano, hablando en voz baja, comentando las excelencias de la reunión y la prodigalidad de los anfitriones.

Las parejas buscaban los lugares menos frecuentados, a los que apenas si llegaban las luces disimuladas entre el follaje exuberante de la vegetación tropical.

Suavemente, las notas de una orquestina se esparcían en el aire quieto de la noche de Florida. Algunos bailaban, sin necesitar para ello ninguna pista. Cualquier lugar era bueno para la danza, y nadie parecía preocuparse de lo que hacía su vecino.

Entre los vestidos de noche, que las mujeres lucían a la par que exhibían verdaderas fortunas en joyas y pedrería, destacaban los vistosos uniformes de los militares y diplomáticos, especialmente éstos últimos, cuajados de chillonas condecoraciones. Casi todos pertenecían a consulados de la América del Centro o del Sur.

El dueño de la lujosa residencia donde se celebraba la reunión, el financiero James Marshall, no se cansaba de estrechar manos, desgranar cumplidos y cambiar escuetas palabras con algunos de los diplomáticos.

Acababa de separarse de uno de ellos cuando vio al solitario individuo. Aguzó la mirada, un tanto sorprendido de que hubiera un hombre que prefiriese la soledad a la compañía de las hermosas mujeres que andaban de un lado a otro como mariposas.

El desconocido fumaba calmosamente, apoyado contra el tronco de una palmera, y no parecía interesarse en absoluto por la fiesta.

Marshall decidió que aquello no podía permitirse. Uno de sus invitados aburriéndose era casi un insulto. De manera que se acercó al hombre con paso decidido. Se detuvo junto a él y por primera vez pudo verle el rostro, ya que a cierta distancia la sombra lo impedía.

—¿No tiene amistades aquí, amigo? —dijo jovialmente—. O quizá su pareja está empolvándose la nariz…

—Ya era hora de que se dejara usted ver, Marshall.

La abrupta respuesta le dejó helado. Se fijó en el desconocido. Vio que vestía un bien cortado *smoking*, pero daba la sensación de que era la primera vez que lo llevaba. Y advirtió también otro detalle que le inquietó: un sospechoso bulto bajo el sobaco izquierdo.

—¿Quién es usted? —dijo, alarmado.

—Mire, no me venga con preguntas tontas. Albert quiere saber cuándo va usted a llevarle a ese tipo.

—¿Albert?

—Kramer.

El financiero pegó un respingo. Palideció y casi obedeció a su instinto que le empujaba a retroceder.

Pero se rehízo pronto y gruñó:

—¡Maldito sea Kramer! ¿Cómo se atreve a mandar a sus hombres aquí? También me gustaría saber cómo ha entrado usted…

—Tonterías. ¿Qué tengo que decirle al jefe?

—¡Yo le diré a Kramer algunas cosas! —estalló Marshall.

Se contuvo al ver acercarse a una pareja formada por un hombre de rostro muy moreno, ojos negros y brillantes, que parecía haber nacido dentro del magnífico uniforme cuajado de entorchados y condecoraciones. También la mujer que se colgaba de su brazo era una verdadera belleza de lujo.

Marshall se inclinó ante la pareja, cambió unas frases vacuas y contempló como se alejaban. Entonces se volvió al impasible visitante.

—Dígale a su jefe que lo veré esta noche. Y lárguese de aquí. Puede comprometerme.

—Creo que no soy tan desagradable, ¿eh, Marshall?

Éste giró sobre sus talones, pero antes que se alejara, el otro remachó:

—Recuerde que tiene que llevar con usted a su amigo o no hay trato. Eso es lo que dice Albert.

Sin responder, Marshall se perdió entre las parejas que bailaban no lejos de allí. El hombre arrojó el cigarrillo al suelo, lo aplastó con el pie y echó a andar sin prisas, como un invitado un tanto

aburrido en busca de pareja.

Había un largo mostrador a un lado del jardín, al pie del blanco muro de la casa estilo colonial. Unos camareros muy eficientes lo atendían y cinco o seis invitados bebían y hablaban con esa voz apenas perceptible que se emplea en esos casos.

Pero uno de los bebedores estaba solo y sus ojos, tras unas gafas que le cabalgaban a media nariz, no se apartaban del desconocido que se alejaba en busca de la salida.

Cuando lo vio desaparecer dentro de la casa, dejo el vaso que tenía entre sus dedos y entró también. Llegó justo a tiempo de ver al hombre atravesar el salón y desaparecer camino de la puerta.

Pero cuando se disponía a apresurar el paso para no perderlo de vista, alguien se colocó a su lado y una voz recia dijo:

—Quiero hablar contigo, Jerry.

—¡Diablos! ¿De dónde sales, Philip? Hablaremos después. Tengo un asunto urgente que atender. Hasta luego.

Inició la marcha otra vez, pero una mano parecida a una garra se cerró sobre su hombro y le obligó a dar la vuelta con tanta energía que casi perdió el equilibrio.

—¡Eh! —protestó—. ¿Qué maneras son ésas, Philip? Ya te digo que nos veremos luego…

—Quiero hablarte ahora. ¿Entiendes? O si prefieres buscar un lugar más tranquilo donde pueda partirte la boca sin testigos, por mí puedes hacerlo ahora. Sin excusas, Jerry.

—¿De qué estás hablando? Si has bebido más de la cuenta, yo…

La garra que todavía seguía hincada en su hombro se apartó, pero la misma mano, convertida en un macizo puño, osciló y fue a hundirse en el estómago de Jerry Haldane. Tras esto, el agresor se apartó un paso y esperó, tenso y temblando de ira contenida.

Jerry se llevó las manos al lugar castigado, boqueó en busca de aire, y pequeñas gotas de sudor aparecieron en su ancha frente.

Miró a su agresor con una mirada incrédula. Hizo esfuerzos para erguirse y, cuando pudo hallar voz suficiente, gruñó:

—¿Te has vuelto loco o qué?

—Tal vez. Vamos, salgamos de aquí.

—No lo entiendo… ¿Por qué, Philip, a qué viene eso?

—¡Maldito bastardo! ¿Es preciso que te lo diga? ¡Jennie! ¿Es suficiente eso para ti?

—¡Oh! Bueno, estás equivocado, muchacho. Yo me limité a recoger el rumor y…

Comprendió lo que se le venía encima. Por otra parte, pensó en el hombre que había salido y al que necesitaba seguir… No podía perder tiempo.

Su agresor se acercó, dispuesto a golpearle otra vez, pero Jerry soltó un juramento y decidió terminar con la estúpida pelea y continuar con lo que estaba haciendo.

Así es que su pierna derecha saltó hacia arriba. La punta de su brillante zapato de charol se hundió en una parte blanda, y el enfurecido Philip Carter salió disparado hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó sentado en medio del salón.

Jerry no esperó a ver los efectos de su puntapié. Echó a correr en busca de la salida, atravesó la puerta ante los atónitos ojos del mayordomo, quien, en toda su vida profesional, no había visto nada semejante, y dobló a la derecha en busca del parque de estacionamiento privado.

Escandalizado, el mayordomo refunfuñó algunas frases muy poco caritativas contra el precipitado corredor, y se dispuso a volver dentro.

Pero tuvo que pegar un brinco, echándose a un lado, para no ser arrollado por otro hombre lanzado a una desenfrenada carrera. También el nuevo aspirante al premio pedestre se dirigió hacia el aparcamiento.

Escandalizado, pensó que tal vez debería hacer algunas averiguaciones respecto a las extraordinarias prisas por abandonar la fiesta que demostraban algunos invitados, pero acabó encogiéndose de hombros. Después de todo, sus obligaciones profesionales no le exigían cierta clase de trabajo…

Escuchó un auto que se alejaba despacio, sobre el camino de grava que conducía a la carretera. Otro motor zumbó al arrancar. Sin duda, los dos apresurados corredores…

De repente, se inmovilizó. El estampido había sido demasiado seco para confundirlo con el escape de un coche. El mayordomo vaciló un instante. El eco del estampido todavía resonaba cuando el hombre se puso en marcha hacia el exterior. Se preguntó; si eso entraba en sus obligaciones de mayordomo. No llegó a ninguna conclusión, pero su curiosidad le empujó, de manera que anduvo

erguido, con la dignidad propia de su cargo, hasta que, al doblar la esquina, pudo contemplar la multitud de lujosos y brillantes vehículos alineados en el gran espacio destinado a aparcamiento.

Entonces olvidó la dignidad de su porte y también echó a correr.

Vio el cuerpo tendido sobre el suelo de cemento, al lado de un coche cuyo motor estaba en marcha. La portezuela delantera estaba abierta y uno de los pies del hombre caído todavía seguía apoyado en el estribo del coche.

El mayordomo se inclinó sobre el hombre. Sintió como si alguien le pusiera un trozo de hielo en la espalda y lo deslizara arriba y abajo. Sus ojos quedaron fijos en la pechera blanca que poco a poco iba tiñéndose de rojo…, y comprendió que estaba ante un cadáver.

Apenas si advirtió los pasos precipitados que se acercaban.

—¡Ha escapado!

Entonces levantó la cabeza. Reconoció al segundo de los corredores, el que por poco no lo había derribado. Jadeaba y el sudor corría por su rostro.

—¿Quién ha escapado, señor? —balbuceó el desconcertado mayordomo.

—¡El criminal! ¿Quién iba a ser? Oiga, ¿está muerto?

—Creo que sí.

—¡Santo Dios!

El hombre se inclinó y examinó al caído. Buscó su pulso y no lo encontró.

—Está muerto… —balbuceó.

El mayordomo se levantó. Había reconocido a los dos, de manera que decidió sacudirse el asunto de encima, pasándolo a quien correspondía. Tanto el muerto como el otro eran invitados, de manera que…

—Le ruego que no se mueva de aquí, míster Carter. Voy a llamar a míster Marshall…, por favor, señor…

—Sí; dese prisa.

Un minuto después, el dueño de la magnífica residencia llegaba apresuradamente. Un par de invitados le daban escolta, estupefactos.

—¡Philip! —exclamó el recién llegado—. ¿Qué ha sucedido?

—Alguien ha disparado contra Jerry…, es todo lo que sé. He tratado de seguir al criminal, pero ha desaparecido entre los

árboles, en dirección a la carretera.

—¿Has podido verlo?

—No. Era solamente una sombra. Ha disparado justamente cuando yo me acercaba al coche de Jerry.

—Vaya complicación… Y hacer eso aquí precisamente, en plena reunión… ¡Es una publicidad muy desagradable! La policía…, los reporteros de sucesos…

Philip se levantó entonces. Estaba muy pálido.

—¿Eso es todo lo que le preocupa? —dijo entre dientes.

Míster Marshall parpadeó. También su cara estaba blanca.

—Lo siento. Habrá que telefonear a la policía, claro… A propósito, ¿qué estabas haciendo aquí, Philip? Creía que no podías acudir a nuestra fiesta por estar muy ocupado…

—Eso era esta tarde. Después he visto los periódicos y he cambiado de opinión.

—Comprendo…

Reinó un silencio entre los componentes del grupo. Después, míster Marshall dijo:

—Voy a llamar a la policía. Alguien debería quedarse aquí, junto al pobre Jerry. También habrá que advertir a los invitados de cuanto ha ocurrido…

Hizo una mueca y se alejó hacia la casa. Philip buscó un cigarrillo y lo encendió. Uno de los hombres que había llegado con el anfitrión comentó:

—Opino que va a verse usted metido en un lío, Philip.

—¿Por qué?

—Yo también he leído los periódicos de la tarde.

—Bueno. La policía dirá la última palabra. No son tontos…

Realmente, tal vez los policías no fueran tontos, pero lo de que Philip Carter iba a verse metido en un lío resultó muy cierto.

Cuando la policía se retiró de los jardines, dando por terminado su trabajo sobre el terreno; después que el cadáver fuera fotografiado y cargado a una ambulancia, y cuando ya no quedaban invitados, Philip Carter se vio escoltado por dos corpulentos detectives, conducido hacia uno de los coches oficiales, y las palabras del teniente Flanagan martillearon en sus oídos mientras duró el trayecto hasta la central.

Porque el teniente, había dicho:

»—De momento, vamos a tomarle nuevamente declaración, pero no le ocultaré que para mí no hay en este caso más asesino que usted.

CAPÍTULO PRIMERO

Los dos sepultureros comenzaron a tirar paletadas de tierra dentro de la fosa. La tierra resonó como un repiqueteo sobre el ataúd. Nadie se movió y cuantos estábamos asistiendo a la ceremonia teníamos los ojos clavados en el agujero dentro del cual iba a pudrirse el que había sido brillante periodista.

El pastor, tras su panegírico sobre la muerte y el difunto, inició una plegaria. Algunos la siguieron, otros continuaron mudos, inmóviles. El sol caía cual fuego líquido, sobre nuestras cabezas. La brillante luz se le antojaba a uno falta de respeto hacia el muerto.

Saqué mi pañuelo y lo pasé disimuladamente por el cuello. El calor era de castigo.

La tierra seguía cayendo sordamente dentro de la fosa. El pastor dio por terminada la plegaria y los asistentes al entierro iniciaron el desfile. Yo seguí todavía unos minutos más allí, pensando en Jerry Haldane, en su condenada pluma y en la borrascosa amistad que nos había unido.

Finalmente, atormentado por el sol y la transpiración, decidí largarme en busca de algo fresco. Si uno se detenía a pensarlo, nada de cuanto hiciera podía molestar ya al difunto, así es que decidí que un *whisky* helado era lo indicado en aquella temperatura.

Fuera del cementerio, los coches iban poniéndose en marcha y alejándose. El mío, cubierto de polvo, estaba al otro extremo del aparcamiento. Anduve hacia él sin pensar en nada, ni siquiera en el pobre Jerry.

A mitad de camino, una voz me alcanzó:

—Usted es McKenna.

No era una pregunta, sino una afirmación. Detuve mis pasos y me volví.

O el sol descendió un poco más sobre la tierra, o mi temperatura interior aumentó una infinidad de grados.

—Sí —dije.

La muchacha siguió acercándose hasta detenerse junto a mí. Era de estatura mediana y su cuerpo poseía curvas suficientes para marear a un piloto de carreras. Unos ojos verdes y expresivos alumbraban una cara de pómulos suavemente modelados.

—Quiero hablar con usted —añadió.

Sus labios apenas se movieron. Eran tan tentadores como el resto de ella, y apenas si los llevaba retocados.

—Bueno, pero no aquí. Hace demasiado calor. ¿Ha venido en coche?

—Me han traído unos amigos.

—Podrá regresar en el mío. Vamos.

Cuando se instaló en el asiento de mi viejo «Ford», hasta el coche pareció cobrar nueva vida. Sus largas piernas quedaron extendidas en un gesto de cansancio. La falda era demasiado corta para ella. Me costó encontrar la cerradura para la llave de contacto.

Al dejar atrás los terrenos donde reinaba la muerte, pregunté:

—¿Cuál es su nombre? Usted me conoce a mí, lo que me coloca en desventaja.

—Jennie… Jennie Myers.

La miré por el rabillo del ojo. La cosa empezaba a tener sentido.

Descubrí una cafetería a un lado de la carretera y metí el coche entre dos enormes camiones de veinte toneladas.

—Creo que a los dos nos sentará bien un trago… —opiné.

Me siguió hasta el mostrador. El local estaba equipado con aire acondicionado, y una agradable penumbra, debida a las persianas metálicas, reinaba en el interior. Busqué una mesa apartada. Una camarera de corta melena rubia se encargó de traernos los dos vasos empañados por el hielo. Una vez se hubo alejado, miré a mi invitada. Sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Por qué me mira así? —preguntó, con voz contenida.

—Me pregunto por qué ha asistido usted al entierro, eso es todo.

—Comprendo. Usted también leyó el periódico…

—Por casualidad. Me aburría. No suelo leerlos muy a menudo. Prefiero una novela.

—Usted era amigo de él.

Tampoco era una pregunta. Ella parecía conocerme muy bien, de manera que no dije nada y esperé.

El silencio no duró mucho tiempo y de nuevo fue ella quien hizo otra afirmación:

—También conoce a Philip.

—Sí.

—No quiero hablarle de esto hasta que responda a una pregunta, míster McKenna —murmuró—. ¿Cree usted que Philip es el asesino de Jerry Haldane?

Me pasé la mano por entre los revueltos cabellos. Era una pregunta que se las traía.

—Nunca he tenido a Philip por un hombre capaz de matar —dije pensativamente—. Pero no cuento con suficientes elementos de juicio para opinar. La policía supone que fue él.

—Sé lo que la policía cree al respecto —retrucó con energía—. Lo que quiero saber es la opinión de usted.

Era una condenada pregunta para hacerla en aquellas circunstancias. Pero algo tenía que responder, aunque sólo fuera para ver qué intenciones eran las de la hermosa muchacha.

—No creo que Philip matara a Jerry —acabé por afirmar.

No pudo ocultar un suspiro de alivio. Después, dijo:

—Yo tampoco. Realmente, nadie que conozca a Philip puede tragar ese cuento que la policía ha puesto en circulación.

—¿Por qué ha querido contármelo usted a mí?

Vaciló, mientras su mirada parecía taladrar mi cráneo y bucear en mi cerebro.

—Quiero ayudar a Philip, eso es todo.

—Sigo sin comprender qué tengo yo que ver en esto.

—¿No lo comprende? Usted puede investigar y descubrir al verdadero culpable, o por lo menos hallar pruebas de la inocencia de Philip. No me preocupa en absoluto que el asesino sea detenido. Jerry Haldane merecía lo que le sucedió un millón de veces. Pero Philip es inocente, míster McKenna.

El asombro me impidió hablar durante unos instantes. Eché mano del vaso y casi lo vacié, sintiendo el helado líquido pasar por mi garganta. Fue un consuelo, después de todo.

Cuando dejé el vaso, dije:

—Está usted atrasada de noticias, muchacha.

—¿Por qué? He leído todo lo que los periódicos han publicado sobre usted. Hace más de dos años que sus aventuras me han emocionado a través de la Prensa, y Philip también me ha hablado infinidad de veces de los tiempos en que estudiaban juntos. ¿Por qué no quiere ayudarlo? Si hay un detective en toda la ciudad capaz de hacerlo, ése es usted. Otros criminales han caído frente a usted, ¿no es cierto?

—Sí, pero…

No me dejó seguir. Su voz era tan tensa como la cuerda de un violín cuando añadió:

—Comprendo. No puede olvidar que era amigo de Jerry. ¿Se trata de eso realmente?

—No, pequeña. Mi amistad con Jerry no era tan íntima que me empuje ahora a considerarme su vengador. Más bien era tormentosa. Teníamos distintos puntos de vista sobre muchas cosas. Si vamos a eso, era poco más o menos la misma que me une a Philip.

—Entonces, ¡por el amor de Dios! ¿Por qué no quiere ayudarlo?

—¿No se ha enterado usted que me retiraron la licencia?

Se quedó atónita, mirándome con la boca abierta. Tras unos instantes, balbuceó:

—¿Por… por qué?

—¿No ha oído hablar de un tipo llamado Thomson?

—Lo leí… ¡Cielos! ¿Fue usted quien…?

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—No —dije—. Es cierto que yo iba detrás de él. Conseguí acorralarlo en aquel almacén, y cambiamos algunos balazos, pero cuando estaba a punto de echarle el guante, alguien me golpeó por detrás. Estaba tan oscuro que no me enteré siquiera de que se habían acercado a mí.

—Pero a Thomson lo encontraron muerto y…

—¡Oh, claro que lo encontraron muerto! Y la bala que reventó su cabeza había sido disparada por mi propio revólver. Sin embargo, yo no lo maté. Nunca lo habría hecho de aquella manera, por lo menos.

—No comprendo…

—Le habían pegado un tiro en la nuca, desde tan cerca, que tenía el cabello quemado por la pólvora. El fiscal consiguió acallar a

la Prensa, pero me cargaron el paquete, y el precio de mi libertad fue la licencia.

—Usted quiere decir que lo mataron cuando ya le habían golpeado a traición, ¿no es así?

—¡Claro que es así! Thomson se había comprometido demasiado en ese asunto de tráfico de drogas y asalto a los almacenes. Y teniendo en cuenta que era la mano derecha del gran Kramer, está dicho todo.

—No entiendo estos asuntos, pero… ¿no puede usted recobrar su licencia nuevamente?

—Por ahora no hay ninguna esperanza. Ni mis amigos de la policía han podido hacer nada por mí.

—Comprendo. Pero usted puede hablar con la policía.

Tiene conocidos, ¿verdad? Puede hacerles ver lo equivocados que están…

No pude ocultar una sonrisa.

—Intentar que la policía reconozca un error, teniendo todos los triunfos en la mano, es lo mismo que tratar de desviar un huracán.

—Así, bueno, ¿no quiere ayudarnos?

—No puedo hacer nada, Jennie. Tan sólo intentarlo, y tan pronto el *sheriff*, o cualquier chupatintas de la fiscalía, olieran mi proximidad, me vería entre rejas. El D. A. saltaría de alegría si podía endosarme un nuevo cargo.

No dijo nada, pero unas lágrimas asomaron a sus ojos y al fin se deslizaron por sus mejillas como gotas de rocío. Sentí un estremecimiento.

—Cálmese —dije entre dientes—. Todavía no lo han condenado. Un buen abogado puede aportar tantos motivos de duda, que ningún jurado se atreverá a pronunciar un veredicto de culpabilidad.

—Pero lo juzgarán y será el fin de su carrera.

En eso tenía razón, sin duda alguna, pero yo nada podía hacer para variar las cosas. De manera que callé y me dediqué a beber lo que quedaba en mi vaso.

Ella descubrió el suyo y también bebió un pequeño sorbo. Lo dejó otra vez y susurró:

—Si por lo menos quisiera usted hablar con la policía…

—Muy bien, lo haré si eso ha de tranquilizarla —acepté al fin,

pero sin ninguna alegría—. No obstante, Jennie, no se haga ilusiones sobre el resultado.

Sus ojos se iluminaron nuevamente. Detrás de las lágrimas pareció brillar un diamante.

—¡Gracias, míster McKenna! Philip se alegrará cuando se lo diga. Y ahora que se me ocurre… ¿Querrá usted ir a verle también? Se encuentra tan sólo… Ya sabe que no tiene familia.

—*Okey*, iré a verlo también. ¿Algo más?

Sonrió y su cara cobró nueva vida.

—He abusado de usted, ¿verdad? —Suspiró y se dedicó a beber hasta terminar con el *whisky*. Tras esto, dijo—: Podemos marcharnos. Ha sido usted muy bondadoso al escucharme todo este tiempo.

En todo el trayecto hasta el centro apenas si cambiamos unas palabras más, pero cuando ella me indicó que podía detener el coche, se volvió hacia mí y sus bellos ojos bucearon en los míos como si quisiera extraer de las profundidades de mi pensamiento la sinceridad de mi colaboración.

—Le diré a Philip que usted irá a visitarlo. Eso le dará ánimos.

—Muy bien, Jennie.

Se disponía a apearse del coche cuando pregunté suavemente:

—¿Qué había de verdad en el artículo que publicó Jerry sobre usted?

Se detuvo en seco, ya con la portezuela abierta, y volvió la cabeza para poder verme la cara. Su voz tembló cuando dijo, secamente:

—Absolutamente nada. Era una miserable calumnia.

Saltó a la acera, cerró de un portazo y se inclinó lo suficiente para remachar como despedida:

—Y usted debería saberlo, míster McKenna, si conocía lo suficiente a Jerry Haldane. Era capaz de todo para apuntarse un triunfo periodístico, aunque fuera mediante el escándalo.

Tras esto, giró sobre sus altos tacones y se alejó por la acera, con andares de reina. Era una mujer de las que a uno le gusta contemplar más de una vez.

Pensativo, aparté el auto del bordillo y me sumergí en el tránsito, sin prisa alguna. Comenzaba a darme cuenta de que la hermosa muchacha había sabido arrancarme una promesa que iba a

traerme más de un disgusto.

También me intrigaba otro detalle respecto a su despedida.

Porque yo sabía perfectamente que Jerry era un sinvergüenza, capaz de cualquier trastada para conseguir un buen artículo, pero jamás había publicado nada sin estar razonablemente seguro de la autenticidad del artículo.

CAPÍTULO II

Chas Flanagan me miró de arriba abajo como si no me hubiera visto nunca.

—Cierre la puerta —gruñó—. No me gustaría que me vieran en su compañía, McKenna.

—Ya sé que soy persona *non gratta*, de un tiempo a esta parte, pero no tiene que restregármelo por las narices. ¿Le importa que me siente?

Me dejé caer sobre la desvencijada silla. Busqué un cigarrillo, lo encendí y miré al teniente por entre el humo. El sonrió por primera vez, pero no era una sonrisa agradable precisamente.

—Le suponía a usted ahogando sus penas en alcohol, McKenna —dijo con voz burlona.

—¿Me ha visto usted borracho alguna vez?

—No. Pero eso se debe a que cuando lo está, se encierra en su casa. ¿A qué ha venido aquí, tipo listo?

—Nostalgia, tal vez.

—Seguro. Usted es un sentimental. Sobre todo con un revólver en la mano.

—No vuelva usted sobre lo mismo, Flanagan. Eso pasó a la historia, y usted debería saber cuán falsa fue la acusación.

—El balazo en la nuca de Thomson resultó algo muy real, amigo.

—No me divierte hablar de eso.

—¿De qué le gustaría hablar entonces, McKenna?

—Por ejemplo, de Philip Carter, teniente.

La sonrisa se borró de su rostro y sus ojos se achicaron.

—¿He entendido bien? —refunfuñó—. ¿Ha nombrado usted a Philip Carter?

—Sí.

Se irguió y dejó escapar un suspiro.

—Ya me lo parecía. Me pregunto qué podrán quitarle esta vez. No tenía usted más que una licencia. ¿No es cierto?

—Déjese de tonterías. Carter es amigo mío.

—¿Sí? ¡No me diga!

—Estudiamos juntos.

—¡Qué cosas! —Estaba divirtiéndose, pero yo le conocía lo suficiente para saber que todos sus sentidos estaban alerta, a la espera de captar el propósito de mi visita. Y añadió—: No le conocía bajo ese aspecto, McKenna. ¡Un sentimental!

—Nada de sentimental. Lo único que quiero es un pase para poder entrevistarme con él.

—Ya veo. Pero para eso no necesitaba recurrir a mí. El caso y el detenido están ya bajo la custodia de la fiscalía.

—Si le pido la autorización al D. A., me mandarán al infierno y usted lo sabe.

—Tiene sus buenas razones para hacerlo… En fin, le daré un pase. ¿Eso es todo?

—Ajá.

Me miró, un poco sorprendido. Pero acabó sacando un impreso de un cajón, lo rellenó, puso su firma y estampó un sello de goma. Dejó el papel sobre la mesa y de nuevo sus ojos grises y vivos escrutaron mi expresión.

—Entre nosotros —masculló—. Lamenté que le sucediera eso, «hurón».

—Gracias.

—Ese Thomson era un mal bicho. Yo mismo había intentado más de una vez arrastrarlo ante el gran jurado, pero siempre me estrellé.

—Estoy enterado de eso. ¿Quiere darme a entender que ha derramado lágrimas por mi caída en desgracia?

Parpadeó y no pudo ocultar una sonrisa, ésta mucho más sincera que la anterior.

—No le diré tanto, pero algo hay de eso. Si alguna vez puedo echarle una mano, lo haré. Cuando cambien el fiscal, naturalmente. Las elecciones no están tan lejanas…

Casi sentí deseos de abrazarle. Conocía su honestidad como

policía, pero jamás se me había ocurrido pensar que alimentara semejantes sentimientos hacia mí.

—Gracias, Flanagan, lo recordaré. ¿Por qué no me habla un poco de las pruebas que tienen contra Carter?

—Vaya, hombre. Hablar con usted es una carrera de obstáculos. ¿Qué tiene entre ceja y ceja, muchacho?

—Nada, teniente. Usted sabe que no puedo hacer nada por el pobre Carter, pero me gustaría estar enterado del asunto cuando vaya a verlo, eso es todo.

—¡Y un cuerno! Le conozco hace años, McKenna.

Me encogí de hombros, pero no repliqué. El me examinó largamente, esperando una aclaración por mi parte, pero mantuve la boca cerrada hasta que se cansó de esperar, y entonces dijo:

—Okey, es un caso tan claro que no veo inconveniente en decirle algunas cosas. Usted ya sabe que Jerry Haldane publicó un artículo sobre ciertas orgías que tenían lugar en el palacete de un millonario. Era algo tan sucio y depravado que daba náuseas. Había nombres de la aristocracia involucrados en el asunto, y mujeres de las que aparecen asiduamente en las páginas de sociedad. Haldane decía que una muchacha llamada Jennie Myers había sido vista entrando en el palacete en cuestión a primeras horas de la noche, y esa mujer era la novia de Philip Carter. ¿Me sigue?

—Estoy enterado de todo eso, aunque no se ha podido probar que ella hubiese asistido a esas orgías.

—Bueno, yo le hablo de los hechos que empujaron a Carter a ajustarle las cuentas al periodista. Tenga en cuenta que la tarde de aquel día, Carter había rehusado una invitación para asistir a la fiesta de míster Marshall, pretextando que estaba cargado de trabajo. No obstante, tan pronto leyó el artículo, le faltó tiempo para presentarse allí en busca de Jerry Haldane. Tengo un testigo que vio cómo peleaban a puñetazo limpio, en medio del salón. Haldane escapó corriendo tan pronto Carter rodó por el suelo. El mismo Carter ha confesado los pormenores de esa pelea.

—Ya veo…

—¿Le interesa todavía el resto, McKenna?

—¡Claro que me interesa!

Se encogió de hombros, seguro de sus triunfos.

—Okey, lumbrera. Busque una sola rendija en todo el asunto, y

si la encuentra, me como el «*dossier*» con tapas y todo. Carter salió disparado detrás del periodista. El mayordomo lo ha atestiguado. Haldane estaba ya en su coche y con el motor en marcha cuando lo alcanzó, disparó y echó a correr hacia los árboles. También el mayordomo ha declarado que cuando él llegó junto al cadáver, tuvo el tiempo justo de cerciorarse de que estaba muerto y casi inmediatamente Carter apareció procedente de la espesura. Dijo que el criminal había escapado o algo así. Hay una extensión de terreno cubierto de vegetación entre la propiedad de míster Marshall y la carretera, ¿comprende?

—¿Y por qué tenía Carter que hacer una cosa tan estúpida, si no era verdad que había intentado dar caza al asesino?

Me miró casi con lástima.

—¡Pero, hombre! —exclamó—. Si está claro. Quiso deshacerse de la pistola. La escondió en alguna parte y regresó a la explanada.

—Ya veo.

—Naturalmente, él se niega a confesar. No ha habido manera de arrancarle una declaración satisfactoria, pero cualquiera con sentido común puede ver con claridad lo que sucedió.

—No obstante, opino que si el fiscal presenta el caso ante un jurado, sin más hechos que los que acaba de relatarme usted, se romperá los dientes. No hay ni una sola prueba sólida.

—¿Y la pelea que estaban sosteniendo cuando Haldane salió corriendo, huyendo de Carter? Además, éste persiguió al periodista. Y no olvide que tenía un excelente motivo para ajustarle las cuentas… Había arrastrada por el barro la reputación de su novia. Para mí, ése es un buen motivo para cometer un asesinato, sobre todo cuando el novio es un tipo joven y de carácter resuelto.

—No le niego que todo acusa a Carter —dije, pensativo—. Y no pretendo enmendarle la plana, Flanagan… Sólo quería estar enterado de los detalles, por si el muchacho me habla de eso cuando vaya a verlo.

—No podría enmendarme la plana, como dice usted, aunque quisiera hacerlo, McKenna. Es un caso claro, y usted no tiene ya la licencia. Espero que no olvide eso en los próximos días.

Me levanté, doblé el permiso sellado y lo guarde en el bolsillo.

—Gracias, teniente. Cuando quiera, tiene un *whisky* pagado en el «Samoha».

—Nos veremos allí cualquier día, McKenna.

Anduve hasta la puerta, como dando por terminada la entrevista. Pero antes de abrirla, pregunté sin darle importancia:

—Ahora que recuerdo, Flanagan… ¿Cómo se llama el tipo que presenció la pelea?

—Ernest Jacobson… ¡Eh! ¿Qué demonios le importa a usted?

Abrí la puerta y salí rápidamente. Había conseguido lo que me propuse al ir a verle.

No obstante, cuando ya se cerraba la puerta, Flanagan todavía gritó:

—¡Vuelva aquí, McKenna!

Me alejé rápidamente. Si él salió para intentar atajarme lo hizo demasiado tarde, porque llegué a la calle sin que nadie me cerrase el paso.

Antes de ir en busca del coche, entré en un bar, y después de pedir un *whisky* con hielo, me encerré en la cabina telefónica.

Encontré un Ernest Jacobson en la guía. Anoté el número de teléfono y una dirección de Avon Park. Tras esto, marqué el número y esperé pacientemente.

Fue una mujer la que respondió. Tenía una voz suave y bien timbrada.

—¿Míster Jacobson? —indagué con voz seca.

—Aquí es, pero él está en su despacho. ¿Por qué no le telefonea allí?

—Un momento —la interrumpí—. Habla la policía… ¿Míster Ernest Jacobson es el invitado de míster Marshall que presenció cierta pelea?

—Sí, pero ya le interrogaron ustedes, según me dijo él. ¿Cómo es posible que no sepan ahora que…?

—Ha habido una confusión con otro caballero del mismo nombre. ¿Tiene la amabilidad de darme la dirección de su despacho, señora?

—Sí, claro…

No parecía muy convencida, pero dictó unas señas y un número de teléfono, que yo anoté, y tras despedirme con un gruñido, colgué. Seguro que esa despedida la convenció de que había hablado con la policía.

Abandoné la calurosa cabina y permanecí en el bar, saboreando

mi *whisky*. Encendí un cigarrillo y estuve pensando en el asunto, sin mucho entusiasmo.

Pedí otro vaso. Encendí un nuevo cigarrillo. Me dije que ni siquiera estando en posesión de la licencia me encargaría de un caso tan disparatado. Todo parecía claro, y sin duda Flanagan estaba en lo cierto al asegurar que Philip Carter era el asesino.

No obstante, Carter era un viejo camarada de estudios. Tenía que ir a verle, tal como había prometido a Jennie, y después podría dejar de preocuparme. Mi amistad con él no era tan sólida ni íntima como para obligarme a correr ningún riesgo en su favor.

Apuré el *whisky* y abandoné el bar. Anduve en busca del coche, sintiendo el sol sobre mis espaldas como una masa de plomo derretido.

Conduje el «Ford» hacia el centro, en dirección a las señas que acababa de obtener por teléfono. A fin de cuentas, decidí, podía hacerle un par de preguntas al tal Jacobson, antes de visitar al detenido.

Siempre tendría otro punto de vista de lo ocurrido y podría hablar con Carter con más conocimiento de causa.

CAPÍTULO III

Sobre la cristalera del vestíbulo, un rótulo en letras doradas anunciaba que Ernest Jacobson era el gerente de la empresa de importaciones y exportaciones que llevaba su nombre.

Las oficinas pregonaban que el negocio iba viento en popa. El lujo era el factor dominante en todos los detalles. Los empleados que estaban a la vista parecían máquinas entregadas a una incesante actividad.

También la secretaria que me atendió era un artículo de lujo. Desde sus cabellos rojos hasta la punta de sus zapatitos de tiras resultaba algo digno de verse.

Excepto su sonrisa profesional, que parecía haber sido puesta en su cara tan artificialmente como el retoque.

—El señor Jacobson está muy ocupado —declaró pomposamente —. Si no está usted citado…

—Escuche, preciosa. Si estuviera citado con él, no estaría perdiendo el tiempo solicitando una entrevista. Dígale que se trata de algo relacionado con la fiesta de míster Marshall.

Eso la decidió a entrar en acción. Se levantó y me hizo una perfecta demostración de cómo debe andar una mujer para que los espectadores se enteren que sus caderas son de concurso.

Cuando regresó, su sonrisa era un poco más humana.

—Míster Jacobson le recibirá. Sígame, por favor.

Una nueva exhibición de caderas y contoneo me guió hasta la oficina privada del exportador.

Vi que era un hombre de unos cincuenta años, recio y con aspecto de eficiencia. Varios teléfonos sobre la mesa, un montón de papeles a un lado y algunos impresos de colores ante él, esperando su firma.

Aguardé a que la pelirroja hubiera salido del despacho. Entonces, dije:

—No deseo robarle su tiempo, míster Jacobson. Tan sólo quiero hacerle un par de preguntas sobre lo sucedido en la pelea que usted presenció y…

—Un momento —me atajó. No me gustó la voz—. ¿Es usted policía?

—No.

—Ya me lo figuraba. ¿Qué interés tiene usted en ese desgraciado asunto?

—Me une cierta amistad con Philip Carter. Y hay algunos puntos oscuros en todo esto que quisiera ver aclarados.

—Comprendo, atraque no creo poder hacer nada por usted. Lo poco que yo presencié, lo conté ya a la policía.

—Ya lo sé. ¿Tiene inconveniente en contármelo a mí?

Se rascó el mentón, calculando si el complacerme podría reportarle algún perjuicio. Debió decidir que no, porque hizo una mueca y gruñó:

—Está bien, escuche…

Su relato fue poco más o menos como el del teniente. Jerry Haldane había salido de estampida en cuanto Carter estuvo en el suelo, después de recibir un puntapié en el estómago.

Cuando calló, miró ostensiblemente el reloj, indicándome que ya me había concedido demasiado tiempo.

Pero no me di por vencido todavía:

—Usted dice que Jerry Haldane se dirigía apresuradamente a la salida cuando Carter lo detuvo. ¿No es así?

—Exactamente.

—¿Tuvo usted la impresión de que huía de Carter cuando éste lo alcanzó?

Eso le dio que pensar. Al fin sacudió la cabeza.

—No lo creo. Carter acababa de llegar en aquel momento. No creo que Haldane lo hubiera visto todavía.

—O sea, que si se dirigía a la salida con tantas prisas no era porque Carter estaba en la fiesta…

—Más bien creo que Haldane trataba de alcanzar a un hombre que acababa de salir en aquel momento… Es curioso, señor McKenna. La policía no me ha preguntado nada a este respecto.

—Ellos tienen su caso empaquetado. No quieren molestarse en hacer preguntas que consideran inútiles… ¿Conoce usted al hombre que había salido delante de Haldane?

—No, nunca lo había visto. Pero debía ser un invitado de míster Marshall, naturalmente. Era alto y de hombros anchos. No pude verle la cara, pero estoy seguro que no lo conozco.

—Eso es todo, míster Jacobson. Ha sido usted muy amable.

Estrechó mi mano, oprimió un botón y cuando me dirigía a la puerta, ésta se abrió y la pelirroja me guió hasta la salida. Allí me dedicó otra de las sonrisas que iban incluidas en su sueldo, y cerró la puerta.

Durante todo el trayecto hasta la cárcel no cesé de pensar en lo que Jacobson me había dicho. Aquello no libraba a Carter de la acusación, pero a mi entender podría servir para sembrar una duda más en las mentes de los jurados. Lo malo era que llegase a juicio, porque en ese caso, Jennie tendría razón: la carrera de Philip quedaría destrozada.

El pase del teniente Flanagan abrió las recias puertas y al fin me vi frente a frente con Philip. La reja entre él y yo era una barrera menos infranqueable que la presencia del guardián que se quedó detrás del detenido, apoyado en la pared.

—Jennie me ha dicho que vendrías, Lester —murmuró el muchacho, con voz sorda.

—Sí. ¿Cómo te sientes?

—Podría estar en peores condiciones —refunfuñó—. Esos estúpidos se han empeñado en cargarme con el muerto. Todo hace creer que van a salirse con la suya.

Lo examiné largamente. Estaba macilento, y me pareció que había adelgazado una barbaridad desde la última vez que le viera.

—Jennie quería contratar mis servicios para encontrar al verdadero culpable —expliqué—. No puedo hacer nada, Philip. No tengo la licencia de detective privado.

—Sé todo esto, Lester. Pero es que ni con tu licencia en el bolsillo podrías hacer nada. Me tienen bien agarrado.

Había una gran amargura en su voz. Si se presentaba ante el tribunal con ese espíritu fatalista, derrotado, iba a verse con una condena a prisión antes de darse cuenta.

—¿Quién es tu abogado? —quise saber.

—Maxwell Forsyth. ¿Te acuerdas de él?

—¡Diablo, sí! Por lo visto, vamos a reunimos todos los viejos camaradas.

—El mismo ha venido a ofrecerme sus servicios. Es un gran muchacho.

—Sí —busqué su mirada y entonces le pregunté a bocajarro—: ¿Mataste tú a Jerry, Philip?

Esbozó una sonrisa.

—¿Tú también, Lester?

—Responde. ¿Lo mataste tú? No tienes por qué mentirme a mí, compañero. Estoy de tu parte.

—No. No le maté.

—*Okey*. He sabido que cuando tú le echaste mano, él se dirigía a la salida con muchas prisas. ¿Por qué abandonaba la fiesta en pleno apogeo, y tan apresuradamente, te has molestado en pensarlo?

Asintió con un gesto.

—Sí —dijo tristemente—. Incluso he tratado de hablarle al fiscal sobre eso. No ha querido escucharme siquiera.

—Bueno, háblame a mí, pero sin rodeos. No tenemos mucho tiempo.

—¿Qué pretendes, Lester? No quiero que te metas en líos por una causa que tienes perdida de antemano.

—Sé lo que puedo hacer sin romperme los dientes contra la policía. Vamos, adelante, chico.

—Como quieras —suspiró desalentado, pero habló seguidamente con voz animada—: Yo acababa de dejar mi sombrero cuando vi aparecer a Jerry. Casi corría hacia la salida y…

—Un momento —le interrumpí—. ¿No viste a nadie abandonar la casa delante de Jerry?

—Pues, sí. Un hombre había salido un instante antes, pero no me fijé en él.

—Está bien, sigue.

—No queda mucho. Detuve a Jerry, y cambiamos unas palabras. Yo estaba dispuesto a darle la mayor paliza de su vida por lo que había escrito sobre Jennie. Ya sabes, aquella infamia…

—Sí.

—Tuve tiempo de golpearle una vez. Entonces me pegó un puntapié en el estómago y caí sentado. El aprovechó para escapar.

—Todo eso ya lo sé. ¿Qué sucedió en el coche?

—Apenas pude ver nada. Sólo sé que cuando salí de la casa, escuché un auto que se alejaba. Pensé que era el de Jerry, y casi desistí de seguir adelante, pero entonces otro motor se puso en marcha. Eso me decidió y continué corriendo. Vi que se trataba de él, y más furioso que nunca, corrí hacia allí. Me faltaba poco para llegar cuando Jerry gritó algo ininteligible y abrió la portezuela. Vi la sombra de un hombre al otro lado del coche y al instante hubo un fogonazo y un estampido. Jerry se desplomó y yo me detuve en seco, paralizado de estupor.

—Ya veo…

—Vi cómo el criminal se alejaba a todo correr hacia los árboles. Eso me arrancó de mi inmovilidad y salí disparado tras él, pero no conseguí darle alcance. Se perdió entre la vegetación, rumbo a la carretera. Supongo que había alguien esperándole en un coche. Volví atrás y… Bueno, el resto ya lo sabes.

—Una última pregunta, Philip, y trata de responderla con entera sinceridad. ¿Todo esto que acabas de contarme es la verdad de cuánto ocurrió?

—¡Condenación! ¿Qué te propones? ¡Claro que es la verdad!

—*Okey*, no te excites. Es todo lo que quería saber.

—Lo que no comprendo es por qué te preocupas de eso.

—Yo tampoco. Tal vez sea la sangre de sabueso que llevo dentro. Hablaré con tu abogado, con Maxwell… Quizá tenga alguna idea para él, aunque yo no pueda investigar personalmente.

El guardián consultó su reloj y comenzó a enderezarse perezosamente.

Me apresuré a hacer una última pregunta:

—¿Sabes en qué estaba trabajando Haldane últimamente?

—No. Pero la última vez que lo vi, antes de la pelea, dijo que tenía un asunto entre manos que haría saltar la ciudad hasta las nubes. No pudo referirse a las orgías entonces. No era tan importante como él dio a entender.

—Sería muy conveniente saber eso, Philip. Quizá la verdad esté precisamente en ese detalle.

—Tal vez.

No pudo seguir. El guardián se había acercado y le tocó en el hombro.

—Lo siento. Ha pasado el tiempo reglamentario.

Carter se levantó y me miró fijo, con una extraordinaria palidez en su rostro.

—Gracias por haber venido, Lester —dijo—. Pero no te comprometas por mí. Sé cuál es tu situación legal en estos momentos.

—Olvídalo. Creo que Maxwell no necesita ayuda de nadie para sacarte a la calle.

Se alejó, escoltado por el guardián. No me moví hasta que vi cerrarse la puerta tras ellos. Entonces abandoné el tétrico edificio, completamente convencido de que por mi parte nada podía hacer por Philip Carter.

Estaba firmando la ficha de salida cuando un teléfono que había sobre la mesa del funcionario empezó a llamar. Lo descolgó, habló unos instantes y gruñó:

—Está aquí todavía. No, no está permitido… Comprendo. Puede hablar por ese teléfono… —Me alargó el auricular y dijo con voz que expresaba claramente cuánto le disgustaba aquello—. El detenido tiene algo que decirle, míster McKenna.

Escuché la voz de Philip a través del aparato. Parecía excitado.

—¡Lo he recordado, Lester! —exclamó.

—¿Qué has recordado?

—Lo que hablamos la última vez que vi a Jerry antes de la pelea. Fue en un bar y…

—Al grano. No nos dejarán mucho tiempo.

—Sí. Fue refiriéndose al asunto sensacional que estaba preparando. Dijo que, con un poco de suerte, el imperio de Kramer se iría al infierno.

Sentí una culebra de hielo recorrerme la sangre. Me estremecí.

—¿Qué?

—¿Me escuchas, Lester?

—¡Dios santo! Claro que te escucho. Repite eso.

—¿No lo comprendes? Jerry preparaba algún artículo, que pondría al descubierto los manejos de Kramer.

Intenté hablar y no pude.

Kramer otra ve/.

En aquel instante supe que ni el D. A. ni toda la policía del Estado podrían detenerme ya.

—Está bien, Philip —dije con voz ronca—. Eso era cuanto necesitaba saber.

Colgué y el funcionario me miró con el ceño fruncido.

Ni siquiera me acordé de darle las gracias. Abandoné la prisión andando como un sonámbulo, hundido en un mar de ideas contradictorias, pero por encima de las que flotaba un nombre maldito:

Kramer.

El gran cacique. El hombre que dominaba todas las ramas del vicio.

El asesino. El bastardo que, políticamente, era más poderoso que el gobernador.

Y, por encima de todo, el tipo al cual debía yo verme sin licencia, en la calle y sin posibilidad inmediata de encontrar ningún trabajo decente porque él, o sus testaferros, dominaban los Sindicatos.

Si había una posibilidad, por remota que fuera, de cargarle la muerte de Jerry Haldane, yo la encontraría.

O, en el peor de los casos, tal vez fuera a hacerle compañía al reportero. Con Kramer uno nunca sabe…

CAPÍTULO IV

Anduve de un lado a otro durante el resto del día, preguntando cosas, bebiendo *whisky* y entablando conversación con una legión de sinvergüenzas de todos los calibres. A la noche me dolían los pies, estaba empapado de sudor y mi humor había llegado al punto de ebullición.

Esos factores hicieron que tomara rumbo a mi apartamiento, en busca de ropa limpia y una ducha. Me dije que no había adelantado nada en mi busca de Kramer. Nadie sabía dónde vivía, ni dónde podía vérsele a una hora determinada, ni siquiera si estaba en la ciudad.

Un buen principio.

Tan pronto dejé el coche, me di de manos a boca con el teniente Flanagan, que se apeó de un oscuro *sedán* aparcado cerca de mi casa.

—Llevo más de media hora plantado aquí —dijo por todo saludo.

—¿Sí?

—¿Dónde ha estado, McKenna?

—Por ahí… ¿Qué le pasa ahora, Flanagan? No habrán decidido devolverme la licencia, supongo.

Soltó un juramento y me empujó hacia su coche, sin contemplaciones.

—Métase dentro —ordenó secamente—. Y no me haga perder la poca paciencia que me queda.

El se acomodó a mi lado y buscó un cigarrillo. Tras encenderlo, gruñó:

—Está bien, «hurón»; la ha armado usted. Debí suponerlo cuando estuvo sonsacándome en mi despacho.

—¿Qué he hecho ahora? No me diga que tiene a sus hombres siguiéndome los pasos.

—¡Al diablo con usted! ¿Qué trata de hacer, McKenna? Y no me venga con rodeos ni embustes.

—Dígame primero qué le duele. No me gusta su actitud; de manera que, antes de comprometerme, quiero saber el terreno que piso.

—Muy listo, o por lo menos eso cree usted. Bien; primero hemos recibido una llamada telefónica de míster Jacobson. Nos ha dicho que usted le ha interrogado y él quería saber si había hecho bien en responder a sus preguntas. Afortunadamente, ha hablado conmigo y no con el fiscal.

—Ya veo…

—¡Narices! Usted no ve nada en absoluto. ¿Qué se trae entre manos? No puede usted ir por ahí interrogando a la gente. No posee ninguna autoridad. No es más que un ciudadano corriente que ni siquiera paga impuestos.

—Porque estoy cesante. *Okey*, he hecho unas preguntas a ese Jacobson, he estado en la prisión visitando a Carter y también le he hecho algunas preguntas más. ¿Qué hay de malo en eso?

—¿Y el resto de la tarde?

—He hecho más preguntas.

—Eso me habían dicho. Vamos, no me haga perder más tiempo. ¿Qué anda buscando?

—A Kramer.

Pegó un respingo que casi dio de cabeza contra el techo del auto.

—¿A Kramer? —exclamó—. ¿Qué tiene que ver ése alacrán de Kramer con la muerte de Jerry? Todo el mundo sabe que quien lo mató está ahora entre rejas.

—Todo el mundo «cree» que está entre rejas, Flanagan. Excepto yo, naturalmente.

—No acierto a… ¡Un momento! Me parece que le veo el juego… Sí, eso es. Intenta cargar a Kramer con el muerto sólo para vengarse. A usted le importa un pepino la suerte de Carter, pero…

—Eche el freno —le interrumpí secamente—. Si usted se hubiese molestado en trabajar un poco, sabría que Jerry Haldane estaba preparando un artículo sobre Kramer. Era algo tan importante que

toda la ciudad hubiera gritado pidiendo la cabeza de ese bastardo, y los políticos y policías corrompidos que le amparan se habrían visto obligados a tomarse unas largas vacaciones. Ahora, mastique usted eso y ya me dirá qué sabor encuentra.

Lo masticó durante un buen rato. Cuando habló, su voz temblaba de ira:

—¿Pretende que me crea eso?

—No.

—Kramer no es ningún imbécil. Si hubiese decidido liquidar al periodista, no lo hubiera hecho en un sitio como aquél…, en una fiesta en la que podían surgir docenas de imprevistos.

—Tal vez se vio forzado a hacerlo allí.

—Ni usted mismo cree eso. Tiene que haber algo más detrás de esa fachada, McKenna. Y quiero saber qué es.

—No hay más. Y ahora hable un poco por su cuenta. ¿Quién ha venido a soplarle los oídos?

—Tenemos informantes en todas partes. Algunos de ellos me han dicho que usted andaba haciendo preguntas…

—Eso es lo que me proponía.

—¿Qué?

—Que corriera la voz, Flanagan. Kramer tiene también sus propios *canarios* revoloteando por esos lugares que he visitado. Alguno de ellos irá a contarle mis andanzas.

Me miró con los ojos desorbitados.

—¿Se ha vuelto loco? Eso es un desafío. ¿No conoce usted a Kramer?

—Nunca he podido verlo lo bastante cerca como para meterle un proyectil en los sesos, pero sé la clase de individuo que es. El se pondrá en contacto conmigo, Flanagan, ahorrándome un montón de trabajo.

—¿Y qué cree que sucederá entonces? —preguntó suavemente.

—Bueno, pueden suceder varias cosas. El tratará de cerrarme la boca, naturalmente.

—¿Y cree usted que escapará?

—Estoy seguro.

—Es un suicidio, McKenna. No le comprendo a usted.

—Si usted mismo reconoce que tratará de darme el pasaporte, cosa que demuestra la clase de asesino que es, ¿por qué no intentan

echarle el guante alguna vez?

—No haga preguntas idiotas. Jamás hemos tenido ni la sombra de una prueba contra él.

—Sin embargo, él no necesita pruebas para matar.

—¡Oh, al diablo! Ya sabe cómo son esas cosas. ¿De dónde ha sacado ese informe sobre el trabajo que preparaba Haldane?

—Por ahí…

Abrí la portezuela y salté a la acera. Antes de cerrarla, dije todavía:

—Usted no puede impedirme hacer preguntas a la gente, teniente. Ni el fiscal tampoco, de manera que tómelo con calma. Sus soplones le dirán algo más de mí en los próximos días.

—Seguro. Me comunicarán su muerte, maldito sea.

Me aparté del coche y atravesé la acera. El siguió allí hasta que me vio entrar en la casa. Entonces arrancó, y el vehículo se alejó sin prisas, como si el conductor tuviera muchas cosas en qué pensar.

Una vez más, me dije que Flanagan era un buen policía. Lástima que se viera obligado a respetar un sinfín de presiones políticas y leyes idiotas.

Dejé pasar el tiempo bajo el chorro frío de la ducha, sin dejar por eso de pensar en Kramer y en lo que de él se decía. Claro que casi todo lo que se sabía del gran bastardo eran rumores y suposiciones, hasta el punto que se había formado una especie de leyenda a su alrededor, una leyenda negra y roja, del rojo de sangre.

Unos decían que era el representante del Sindicato para todo el sureste de la nación. Otros, que actuaba por su cuenta y que dominaba todo el tráfico de drogas del sur, toda la prostitución y parte del juego, pero yo tenía suficientes elementos de juicio para saber que esto último no era exacto. Los grandes del crimen de todo el país jamás le hubieran dejado monopolizar el juego, un negocio que daba miles de millones al año en Florida, de manera que los gigantescos ingresos de Kramer debían proceder de otras fuentes. Incluso las drogas era más que probable que fuesen conducidas por el Sindicato del Crimen.

Estaba frotándome el cuerpo con la áspera toalla cuando se me ocurrió la idea. Quedé inmóvil y casi dejé de respirar. ¿Habría descubierto Jerry Haldane esas fuentes de ingresos del gran

Kramer?

Ése sería un artículo que hundiría al gran jefe hasta el fondo del infierno, arrastrando con él a todos los políticos que le protegían, o que estaban en su nómina.

Acabé de secarme y me vestí. A medida que pensaba en ello, más me convencía de que había dado con el motivo fundamental del artículo de Haldane. Y, si era así, Kramer podía comenzar a elegir sepultura.

Lo que Jerry había descubierto, podía descubrirlo yo también.

A estas alturas de mis reflexiones, el teléfono rompió a sonar, produciéndome un sobresalto. Lo descolgué y una voz de hombre, ronca y seca, gruñó:

—¿McKenna?

—Sí.

—¿Lester McKenna?

—¡Sí!

Si era una broma, había elegido mal momento para gastármela.

—No se retire. Quieren hablar con usted.

—¿Quién?

Hubo unos ruidos secos, un murmullo de voces, y finalmente una de ellas, clara y bien modulada, tomó la palabra.

—Escúcheme, McKenna —dijo—. Se me ha ocurrido que sería conveniente tener una entrevista con usted.

Algo empezó a agitarse en el fondo de mis venas, una especie de cosquilleo.

—¿Quién habla? —pregunté, aunque casi hubiera podido adelantar la respuesta.

—Kramer, desgraciado. Usted ha estado haciendo muchas preguntas sobre mí. ¿No es cierto?

Así que yo había acertado. El gran hombre se había enterado, y estaba inquieto.

—Algo hay de eso, Kramer.

Rió socarronamente.

—Imagino que tendrá un buen motivo para hacer el idiota. ¿Quiere hablar conmigo o qué?

—Ésa era la idea, pero no por teléfono.

—No, claro. Es un chisme muy indiscreto. ¿Conoce el *Jamaica Club*?

—Sí.

—*Okey*, déjese ver por allí a eso de las once. Alguien lo llevará hasta mí. ¿Qué le parece, McKenna?

—¿Qué le parece si coge usted una soga y se ahorca, Kramer? Me quitaron la licencia, pero no el sentido común.

—Tiene miedo, ¿eh? ¿Cree que me como a la gente cruda?

—Prefiero no comprobarlo personalmente.

—Está bien, elija usted un lugar. Ya ve si soy complaciente.

—Eso es lo que me preocupa. No me gusta su manera de actuar, Kramer. No encaja con lo que yo sé de usted.

—¡Oh, al diablo, McKenna! ¿Quiere verme, sí o no?

—¡Claro que sí! Pero quiero seguir con la cabeza sobre los hombros, después de eso. ¿Por qué tiene tanto interés en entrevistarse conmigo?

—Porque no me gusta que un tipo como usted vaya por ahí haciendo preguntas idiotas. Puede levantar una polvareda, y no me conviene la publicidad.

Reflexioné a toda velocidad. Kramer tenía medios suficientes para echarme el guante en cualquier parte, si se lo proponía. Desde el mismo instante en que me había atravesado en su camino, yo había sabido los riesgos que tendría que enfrentar.

El insistió:

—Decídase, «hurón», o cuelgo el teléfono.

—*Okey*, Kramer —dije, sintiendo un gran vacío en el estómago —. Vale el *Jamaica Club*. Pero no quiera pasarse de listo. Tomaré mis precauciones.

Rompió a reír. Cualquiera hubiese creído que acababa de contarle un chiste. Después, y todavía riendo, exclamó:

—¡Usted ha leído demasiadas historias de crímenes, amigo! A las once, recuérdelo.

Y colgó.

Permanecí al lado del teléfono un par de minutos, exprimiendo el cerebro en busca de una explicación lógica a la absurda manera de actuar del pistolero. Si todo lo que se decía de él era cierto, nada de ello encajaba con la actitud que había adoptado conmigo.

Acabé hecho un lío y más inquieto que una bailarina en noche de estreno. Lo de adoptar precauciones, no pasaba de ser un *farol*. No podía recurrir a nadie para que me guardara las espaldas. Y

Kramer era lo bastante listo para olerse cualquier embuste que yo pudiera fabricar al respecto.

Al diablo. Correría el riesgo y, si las cosas se ponían feas, por lo menos me lo llevaría por delante.

Cuando abandoné el apartamiento, llevaba una vieja *Parabellum* sujeta entre el pantalón y la camisa. Era un arma enorme, destinada a ser vista. Pero, sujeta a mi pantorrilla derecha, viajaba una pequeña *Webley* del «32» capaz de abrirle un buen agujero a Kramer, si estaba lo bastante cerca en el momento de disparar.

CAPÍTULO V

Si hay un lugar que pueda presumir de poseer los más lujosos *cabarets* de toda la nación, éste es Miami. Y el *Jamaica Club* muy bien hubiese podido servir para demostrarlo.

Todo el lujo del mundo estaba metido allí dentro, aunque disimulado en la semipenumbra que remaba en el local. Y, tan pronto me encontré sumergido en el ambiente, me di cuenta que el lujo no era solamente aplicable al *cabaret*, sino también a la concurrencia.

Toda la aristocracia debía desfilar por él una noche sí y otra también. Caras conocidas del cine, de la política, de las finanzas. Y mujeres por todas partes. ¡Y qué mujeres!

Cuando conseguí capturar un taburete en el atestado mostrador, entre el tumulto de bebedores, se me ocurrió que si tenía que pagar yo mi consumición, la cosa no iba a tener maldita la gracia. Los precios debían estar a la altura de la concurrencia.

Pedí un modesto *whisky*, y bebí un pequeño sorbo. Estaba muy bueno, y repetí con tiento. Tenía que durar.

Consulté el reloj. Faltaban dos minutos para las once. Si Kramer era puntual, debía estar a punto de llegar.

A las once en punto los clientes que abarrotaban el mostrador abandonaron las bebidas y casi me quedé solo. Al mismo tiempo, las débiles luces se amortiguaron un poco más y la orquesta inició un retumbar sordo y enervante, un sonido salvaje y suave a la vez, cálido como las húmedas emanaciones de la selva.

Vi que todo el mundo se agolpaba alrededor de la pista, de manera que hice lo mismo, pero sin abandonar el vaso.

Cuando llegué detrás del muro de espaldas tensas, se apagaron todas las luces. Me estremecí. Era una ocasión magnífica para

Kramer, si quería abrirme en canal.

De repente, un relámpago de luz cayó de alguna parte sobre el centro de la pista negra. Descubrí una estilizada columna que se elevaba lentamente hacia el techo. Estaba coronada por un capitel de un estilo indefinido, cuajado de arabescos. Siguió subiendo, y todas las miradas subieron con ella hasta que su parte superior desapareció en el invisible techo.

Los tambores redoblaron con más energía. Sentí cómo mis nervios se atirantaban ante el salvajismo de aquel retumbar. Era un sonido que lo llenaba todo, rebotaba contra las tapizadas paredes y se le metía a uno en la sangre como un veneno.

Otros instrumentos se unieron a los tambores, pero sólo como un fondo suave. La columna empezó a descender tan despacio que casi no se advertía el movimiento.

Olvidé el peligro que podía amenazarme en cualquier momento, y todos mis sentidos quedaron presos de aquella maldita columna. Porque, al aparecer el capitel, sobre el mismo había unos pies desnudos. La luz del foco pareció retroceder hasta quedar convertida es una línea delgada que se posó sobre los pies de la mujer y quedó allí, fijo e inmóvil.

La columna siguió bajando con lentitud. El pequeño cono luminoso siguió quieto y por él pasaron las piernas más bien moldeadas que yo recordaba haber visto jamás.

La mujer, erguida sobre la columna, semejaba una estatua modelada por las manos de un genio. En todos los días de mi vida no había visto otra como ella, ni pensando que llegaría a verla alguna vez, excepto en sueños.

Un triángulo diminuto imitando piel de pantera y otra tira del mismo material era todo su vestuario. Una larga melena negra como la noche ondulaba sobre su espalda y semejaba una catarata de ébano resaltando la maravilla de sus hombros.

¿De dónde habrían sacado una belleza semejante? Uno apenas si podía creer que fuera real.

La columna acabó por hundirse por completo y la mujer quedó sobre la negra pista. El foco cobró potencia y los tambores se volvieron locos. Hubo un suspiro general cuando la estatua de carne se movió.

Y entonces pude contemplar el espectáculo más bárbaro que he

visto en mi vida. La hermosa muchacha pareció contagiarse del frenesí de los tambores y se retorció unos instantes, como atormentada por un diablo invisible…, y se disparó después en una frenética danza, algo semejante a un rito salvaje extraído de lo más profundo de las selvas africanas.

El foco cambió de color. No sé qué demonios tenía el condenado reflector, pero cada vez que variaba de forma y envolvía a la muchacha, ésta daba la sensación de agigantarse, más frenética que nunca, y la piel de pantera desaparecía y uno creía ver lo que no veía, y el sordo retumbar enloquecía a la bailarina y ella se metía en la misma sangre de uno hasta olvidarse de que aquello era solamente un espectáculo.

Hasta que, bruscamente, en seco, los tambores cesaron de estremecer el aire. Un extraño silencio cayó sobre el local y nos envolvió.

La bailarina se había inmovilizado al mismo tiempo que se hiciera el silencio. Lo hizo precisamente sobre la columna, que surgió del suelo y se elevó rápidamente esta vez.

Estaba a mitad de su recorrido cuando la gente reaccionó. Estalló una tempestad de aplausos, la bailarina sonrió en su pedestal y desapareció por la oscuridad que reinaba arriba.

Todo el mundo siguió quieto unos instantes. Después, un largo murmullo se adueñó del silencio.

Una voz dijo junto a mí:

—Sígame, McKenna. Están esperándole.

Pegué un respingo. En la penumbra, vi a un individuo alto, vestido de oscuro, que comenzaba a apartarse entre el gentío.

Eché a andar tras él. Traté de acariciar la culata de la *Parabellum*, pero había desaparecido. ¡Me habían birlado la pistola y ni siquiera me había enterado!

Al otro lado de la sala había unos cortinajes. El hombre los apartó, abrió una pequeña puerta y esperó a que pasara junto a él. Tras esto, cerró y me siguió escaleras arriba.

Sin volverme, dije:

—No pierda la pistola, compañero. Es un viejo recuerdo.

—Seguro. Un recuerdo de la abuelita, ¿no? Vamos, siga adelante. Al jefe no le gustan los visitantes que cargan con semejante artillería.

—Empiezo a valorar a Kramer en su justo valor, amigo. Ha sido una jugada magistral.

Al llegar al final de la escalera, el tipo dio uros golpes en una puerta de recio aspecto. Se abrió y me encontré en una salita lujosamente amueblada. Dos hombres estaban sentados en un diván, fumando y ojeando unas revistas. Levantaron la cabeza cuando entramos.

Mi acompañante señaló otra puerta.

—Por allí, *palomo.*

Me empujó sin mucha amabilidad. La hoja giró silenciosamente sobre unos goznes invisibles. Un mecanismo electrónico.

El despacho era digno de un banquero. Un hombre llevando con soltura un bien cortado *smoking* estaba sentado detrás de la inmensa mesa de caoba. Sus ojos claros y vivos me examinaron de arriba abajo.

Mi guía se acercó a la mesa al mismo tiempo que yo. Dejó mi automática sobre la pulida superficie y gruñó:

—Llevaba esto, jefe. ¿De dónde la habrá sacado, de un museo?

—Espera ahí fuera, Luigi.

Reconocí la voz bien timbrada que había escuchado por teléfono.

El pistolero salió del despacho. La puerta se cerró suavemente y me encontré mirando al fondo de aquellos fríos ojos.

—Así que usted es McKenna —dijo Kramer.

—Así me llamo.

—Siéntese. ¿Quiere un trago?

Disimulé mi asombro. Mi voz resultó segura al hablar, aunque yo sé el esfuerzo que eso me costó.

—Perfecto —dije—. Espero que el que me he tomado abajo sea también a cuenta de la casa.

Sonrió y sacó dos pequeños vasos de un cajón. Alargó el brazo y alcanzó una botella de un estante. Casi llenó los vasos antes de volver a hablar.

—Estaba seguro que vendría usted —comenté.

Me acercó un vaso y él bebió del suyo sin esperar a que lo hiciera yo. Cuando lo probé, resultó el mejor *whisky* de cuantos había bebido nunca. El tipo no se privaba de nada.

—Tenía que venir, Kramer —dije—. Era mi única oportunidad

de verle.

—¿De qué quiere hablarme?

—De Jerry Haldane.

No demostró ninguna sorpresa. Apartó el vaso de sus labios y lo dejó sobre la mesa.

—¿De ese chupatintas?, —gruñó—. He oído hablar de *él.*

—De ese estoy seguro. Él también había oído hablar de usted.

—Más claro, «hurón».

—Haldane estaba preparando un artículo que le habría hundido a usted, Kramer.

Levantó la cabeza tan vivamente que no me quedó duda de su sorpresa.

—¿De qué está hablando?

—Ya lo ha oído.

Tanteó por encima de la mesa hasta que encontró bajo sus dedos una pitillera de oro. La abrió y sacó un cigarrillo. Ni un segundo apartó sus ojos de mí, como si quisiera hipnotizarme.

Con el cigarrillo en los labios, gruñó:

—Comprendo…

Me acercó la pitillera. Tomé un cigarrillo y ambos encendimos en la misma cerilla. No podía comprender su actitud.

—Comprendo —repitió, pensativo—. Usted quiere cargarme la muerte de ese reportero, basándose en que preparaba ese artículo contra mí…

—Poco más o menos, ésa es la idea.

Asintió con un gesto. Algunas arrugas habían aparecido en su ancha frente.

Era un tipo espléndido, de unos cuarenta años muy bien llevados. Un rostro agradable, de mentón enérgico, y unos ojos muy claros y fríos, escrutadores, pero no desagradables. No era el tipo que yo había imaginado.

—Está usted loco, McKenna —refunfuñó al final.

—Usted es quien lo dice. Yo opino de distinta manera.

—¿Por qué razón quiere endosarme el paquete? Eso es lo que no veo claro.

—Philip Carter es amigo mío. Aparte de eso, él no mató a Jerry Haldane.

—Ahora es cuando veo todo el cuadro —refunfuñó—. Ya

imaginará que no voy a quedarme cruzado de brazos, esperando que usted arme un escándalo.

Me encogí de hombros, esperando a ver con qué salía. Aproveché el tiempo para apurar él *whisky*, mientras Kramer parecía reflexionar profundamente.

De repente, levantó la cabeza y clavó sus ojos en mí.

—Supongo —dijo—, que no serviría de nada que yo le diera mi palabra de que no intervine en absoluto en la muerte de Haldane.

—Hace años que dejé de creer en los cuentos de hadas.

—Ya veo. Me coloca usted en una situación desagradable, desgraciado… O tal vez pretende obtener cierto beneficio. ¿Cuánto?

—Equivoca el camino. Quiero librar a Carter. Ése es el único beneficio que persigo. Aparte, naturalmente, de ajustarle las cuentas a usted por otro asunto.

—¿De veras? Está usted cargado de sorpresas.

—Ese otro asunto se llamaba Thomson.

Pegó un respingo y se enderezó de golpe. Todo rastro de amabilidad desapareció de su rostro.

—Cuidado, desgraciado —gruñó secamente—. No abuse de su buena estrella. Reconozco que me hizo un favor librándome de Thomson, pero no busque complicaciones ahora con eso.

—Así que yo le hice un favor…

—Thomson se había crecido demasiado. Estaba volviéndose muy peligroso, y usted me libró de él muy oportunamente. *Okey*; asunto terminado. La *poli* le retiró la licencia y todo arreglado. Pero no me salga con un cuento por ese lado.

Estupefacto, me quedé sin habla durante unos instantes. O el tipo poseía un cinismo inaudito, o yo no sabía por dónde navegaba.

—¿Pretende decirme que tampoco en la muerte de Thomson tuvo usted nada que ver?

—¡Naturalmente que no!

—Y, además, creé que lo maté yo…

—¡Por todos los diablos, McKenna! —estalló—. Deje esa comedia. Aquí no tiene por qué venirme con historias. Usted perseguía a Thomson, con relación al asalto a unos almacenes. Lo acorraló, y él llevó la peor parte. *Okey*. ¿Por qué intenta darle la vuelta al asunto, a estas alturas?

—Que me ahorquen si lo entiendo. A Thomson lo mataron de un

tiro en la nuca, y no fui yo quien se lo pegó.

—Vaya, vaya…

—Thomson trabajaba para usted. Si asaltaba almacenes era por cuenta de la organización y…

—Alto ahí —me atajó sin levantarme la voz—. Thomson se había pasado de rosca en el asunto de los asaltos. Actuaba por su cuenta, a espaldas mías. Y no era eso sólo lo que hacía por su cuenta y riesgo. Yo no me dedico a esas pequeñeces.

—¿A qué se dedica usted, Kramer?

Esbozó una cansada sonrisa.

—Yo trabajo en gran escala, desgraciado. Y ahora, si ha terminado sus acusaciones, dígame, por favor, cuál es su verdadero propósito al buscarme.

—Todo lo que pretendo se lo he dicho ya. No podrá usted convencerme de que estoy equivocado, Kramer. Sería tanto como insistir en que el mundo es cuadrado, de manera que seguiré adelante.

—Será muy lamentable si lo hace, McKenna, porque me obligará a adoptar medidas para protegerme.

—¿Un paseo sin retorno, tal vez?

—Sigue viendo fantasmas por todas partes, «hurón». Yo no trabajo así.

—Seguro.

—Puedo hacerle mucho más daño por medios más sutiles. Tengo amistades, eso es todo.

Me levanté. Sobre la mesa seguía resaltando mi *Parabellum*. Para Kramer, parecía que el arma no tuviera más importancia que un pisapapeles. Me pregunté qué pasaría si alargaba la mano y me apoderaba de la automática.

—No puedo decir que haya obtenido mucho de esta entrevista, Kramer —confesé—. Pero espero que volveremos a vemos. Lo mismo que descubrió Haldane, puedo encontrarlo yo. No me falta experiencia, y quizá consiga que me devuelvan la licencia como premio.

—Si no fuera usted tan estúpido, McKenna, yo podría obtener la devolución de su licencia.

—¡No me diga! ¿A cambio de qué?

—De que me deje en paz de una vez por todas. Créalo o no, me

molesta que me obliguen a hacer cosas que detesto.

Alargué la mano y me apoderé de la *Parabellum*. Con ella en la mano, aunque apuntando al suelo, miré a Kramer esperando su reacción.

No hubo ninguna. Ni siquiera parpadeó.

—Está bien —dije—. Cuando pueda darme una prueba de su inocencia en los dos crímenes de que hemos hablado, hágalo, Kramer. No tendré inconveniente en presentarle mis excusas.

—Tonterías. Yo le obligaré a presentármelas antes de lo que cree.

Guardé la automática y me encaminé a la puerta. Desde ella indagué:

—¿Cómo se abre esto, gran hombre?

La puerta giró silenciosamente. Mi corazón golpeaba aceleradamente y mi mente era un caos. Yo había esperado que las cosas se hubieran desarrollado de otra manera mucho más violenta.

El mismo pistolero me acompañó hasta el salón y allí me dejó.

Atravesé todo el local para buscar ánimos en la barra. Pedí un *whisky* y le dije al mozo:

—Kramer invita está noche, chico.

—Ya lo sé, míster McKenna.

Me atraganté. Otro sin sentido.

Pero apuré el vaso y pedí otro, dispuesto a aprovechar la ganga. Lo acababan de colocar delante de mí cuando una voz a mi lado murmuró:

—¿Míster McKenna? Sígame, por favor.

Tuve el tiempo justo de ver a una muchacha alejarse por entre la gente que se apelotonaba a mi alrededor. Engullí todo el *whisky* de un trago y me lancé tras ella.

Bordeamos toda la pista, pasamos junto al estrado donde estaban los músicos, y la mujer levantó unas cortinas, desapareciendo tras ellas.

Me encontré en un pasillo bien iluminado. A ambos lados había infinidad de puertas cerradas. Sobre alguna de ellas campeaba el nombre de la estrella que la ocupaba.

Nuestro destino resultó estar al final del pasillo.

—Entre —murmuró ella solamente.

Giró sobre sus talones y se fue por donde habíamos venido.

Empujé la puerta y penetré en un lujoso aposento. En el primer instante, mi atención se dispersó por los incontables detalles de buen gusto de decoración.

Después la descubrí a ella.

Era la dama de la columna, aunque ahora se cubría con una especie de túnica que se arrastraba por el suelo.

Pero era más hermosa de cerca que bajo la luz de los focos.

Capítulo VI

—¿No quiere sentarse? —susurró.

Su voz era cálida, acariciante. Todo lo que había experimentado al verla en la pista se repetía dentro de mí en aquellos instantes.

Me dejé caer sobre una silla y aguardé, sin apartar la mirada de su hermoso rostro.

Ella habló nuevamente, con aquel tono acariciante:

—Yo estaba en el despacho de Kramer cuando le ha citado a usted.

—¿Y bien?

Me avergoncé de mi voz. Era tan débil como la de un niño.

—El estaba inquieto. Usted había conseguido ponerle nervioso.

—Sigo sin comprender…

—¿Qué tiene usted contra él, míster McKenna?

—Nada, y eso es lo malo precisamente.

Retrocedió un paso y se sentó en el bajo taburete del tocador.

—No es fácil inquietar a Kramer —dijo como si hablara para sí misma—. Y usted lo ha conseguido. Usted es el hombre que necesito.

Por lo visto, aquélla era la noche de las sorpresas.

—Temo que no la comprenda, si sigue hablando así. ¿Qué es realmente lo que pretende de mí?

Hizo un gesto de incertidumbre. Su manera de hablar era tan acariciadora como su voz. Tenía un acento exótico que, si no era fingido, la acreditaba como procedente de algún otro país que no era el mío.

—¿Me equivoco si digo que usted estaba relacionado con Jerry Haldane?

Casi me levanté de un salto.

—¿Y qué, si fuera así? No me diga que sabe usted quién lo mató.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No —murmuró—. Y Dios sabe cuánto quisiera saberlo. Porque, ¿sabe usted? Yo no creo que ese joven Carter sea el asesino…

—En eso coincidimos…

—Mi nombre es Rosa.

—Ya imaginaba que no era usted compatriota mía…

—Soy cubana.

—¡Oh! Comprendo.

—Pero mi nombre artístico es Wanda. Prefiero que me llame usted así.

El nudo que sentía en la garganta se estacionó a mitad de camino, y me costó no pocos esfuerzos recobrar la voz normal.

Entonces dije:

—¿Qué lazos la unían a Haldane?

—Los dos perseguíamos los mismos fines, aunque por caminos distintos. Yo le proporcioné ciertos informes.

Me estremecí. ¿Sería posible que estuviera al fin sobre la pista de lo que Jerry había descubierto?

—¿Informes de qué? —quise saber, dominando a duras penas mi impaciencia.

Vaciló. Había temor en el fondo de sus bellos ojos.

—Antes quisiera estar segura de usted… Tengo miedo, compréndalo. Sé que me espían…, por dos veces he descubierto a alguien siguiéndome los pasos. He de asegurarme. Sólo le he llamado porque ya no podía más. Necesitaba alguien en quien confiar…

—¿Por qué me ha elegido a mí?

—Jerry me había hablado de usted algunas veces. Sobre todo, cuando los periódicos relataban alguna de sus aventuras profesionales. Usted era amigo de Jerry.

—Ya veo. Está bien, Wanda. Puede confiar en mí, si eso ha de tranquilizarla. Ahora dígame qué le contó usted a Jerry.

—Se lo diré. Y Dios quiera que usted consiga seguir adelante allí donde él fracasó. Pero no podemos hablar ahora. Tengo que actuar dentro de cinco minutos. Cuando termine, saldré y me reuniré con usted en su coche. Creo que así será más discreto.

—De acuerdo. Sin embargo, dígame, Wanda: ¿quién la sigue?

—No lo sé… Es un hombre alto, con sombrero claro y rostro muy moreno. Puede ser un cubano también. Lleva una cinta de colores muy vivos alrededor del sombrero. Dos veces lo he sorprendido espiándome.

—¿Lo ha visto aquí, en el *cabaret*?

—No, sólo en la calle.

Unos golpes en la puerta precedieron a la voz avisándola de que faltaban dos minutos.

Me levanté.

—La estaré esperando en el coche, Wanda.

Ya estaba junto a la puerta cuando ella murmuró:

—Por favor…, no se quede en la sala.

—¿Por qué?

—Yo… Por favor.

—¡Oh, comprendo! —exclamé—. No quiere que la vea actuar. ¿Es eso?

Asintió con un gesto y sonrió. Aquella sonrisa resultó algo maravilloso que puso llamas en mi piel. Salí rápidamente y atravesé todo el salón sin detenerme.

Cuando me senté en el coche, encendí un cigarrillo y aguardé despacio. El tiempo se deslizó tan despacio que apenas si pude resistir la tentación de volver al interior, la proximidad de Wanda era como una droga que actuara de manera exaltada en todas las fibras de mi cuerpo.

Pero aguanté consumiendo cigarrillos.

Y gracias a eso descubrí al tipo.

Estaba apoyado en la carrocería de un convertible, fumando y con el sombrero echado sobre la nuca. Alrededor del sombrero lucía una cinta de colores chillones. Era alto y robusto y, a pesar de la distancia que nos separaba, podía apreciarse que su cara poseía un tono oscuro.

Dejé de fumar y comencé a preocuparme del moreno desconocido. Desde luego, si estaba encargado de seguir a Wanda, no cabía duda de que era un aficionado. Ningún perseguidor hubiera llevado semejante cinta en el sombrero, si quería pasar desapercibido.

O se consideraba tan seguro que no le importaba. Después de

todo, él seguía a una muchacha que, en el peor de los casos, lo único que podría hacer si se veía en un apuro sería chillar…, si le daban ocasión.

Al fin, Wanda apareció en la puerta del *cabaret*. Se entretuvo unos segundos bajo las luces multicolores del anuncio, mirando a su alrededor. Ella no sabía cuál era mi coche.

El fulano del sombrero chillón se enderezó, abrió la portezuela del descapotable y se instaló ante el volante.

Entonces atravesé la calle y fui a reunirme con la muchacha.

—¡Oh! —exclamó con alivio—. Creí que no me había esperado.

—Hay alguien más esperándola —dije, tomándola del brazo y guiándola hacia mi viejo Ford—. El tipo de la cinta de colores.

A través de su brazo noté el estremecimiento que la dominó unos instantes.

—¿Dónde está? —balbuceó, asustada.

—En un coche convertible…, a nuestra izquierda, Pero no mire hacia allí.

La metí en mi auto y yo entré tras ella.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Casi sollozó—. Ése espía sabrá que he hablado con usted y…

—Tendrá otras cosas de qué ocuparse dentro de unos minutos. Escuche lo que va usted a hacer, Wanda, y no pierda la serenidad. ¿De acuerdo?

—Sí, sí, lo que usted diga…

—Okey, aguardará en mi coche unos minutos, como si estuviésemos celebrando una conferencia de negocios. El tipo se pondrá nervioso y cuando llegue el momento de razonar, no podrá hacerlo. Bien; usted saldrá a la acera y se alejará a pie, como si nuestra conversación hubiese terminado. El tendrá que seguirla también a pie.

—¿Y qué conseguiremos con eso?

—Yo le caeré encima y le daré algo en qué ocuparse, en lugar de seguirle a usted los pasos.

—Pero…, ese hombre debe ir armado…

—Yo soy un arsenal andante. No se inquiete por eso. ¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias. Estoy muy asustada.

—Tonterías, niño. Hábleme de su relación con Jerry.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Tiene que dejar pasar unos minutos.

—Es cierto. Bueno, fue Jerry quien se puso en contacto conmigo. El me buscó y durante un par de noches salimos juntos. Dijo que quería asegurarse de mi sinceridad antes de confiarme su… Bien, su secreto. Era realmente un secreto.

Cuando él se puso en contacto con usted, ¿ya estaba empleada en el Jamaica Club?

—Sí, hacía un par de meses.

—Creo entender que Jerry deseaba la colaboración de usted. ¿Le dijo por qué la había elegido?

—Sí. Él sabía que mi padre había sido fusilado en Cuba, y que mis hermanos estaban luchando en las guerrillas contra el régimen de Castro.

—Comprendo.

—¿No cree que ya debería salir? Me pone terriblemente nerviosa ese hombre.

—Está bien, muchacha. Sobre todo, no demuestre que sabe que la siguen. Ni tenga miedo tampoco. Yo estaré cerca. ¿De acuerdo?

—Sí; tengo confianza en usted, míster McKenna.

—Si hemos de trabajar juntos, llámeme Lester. Es más práctico.

Abrí la portezuela y ella se apeó. La miré como se alejaba, y después eché un vistazo al descapotable.

El tipo alto se había apeado también y andaba ya en persecución de la hermosa cubana.

Yo también abandoné el coche y dejé la portezuela abierta para evitar todo ruido. El hombre alto doblaba la esquina cuando eché a andar apresuradamente tras él.

No obstante, cuando la doblé a mi vez, el fulano había adelantado terreno y estaba muy cerca de Wanda. El corazón me dio un vuelco. Aquélla no era manera de seguir a una persona.

La calle estaba bien iluminada, pero en algunos lugares las palmeras que la bordeaban extendían zonas de sombra en las que cualquier cosa podía suceder, de manera que apresuré el paso lo suficiente para acercarme a la pareja sin que me vieran.

De repente escuché la voz del hombre, aunque no entendí lo que dijo porque habló en español. Wanda se detuvo en seco y dio la vuelta, mirando a su perseguidor. Después comenzó a retroceder de

espaldas, siempre acorralada por el hombre alto, y en el instante que penetraban en una zona de sombras, algo centelleó en la mano del desconocido.

No pude contener un juramento y eché a correr desesperadamente. En el mismo instante, Wanda gritó:

—¡Lester, socorro!

Eso la salvó, porque yo estaba todavía a cierta distancia y el criminal habría podido acuchillarla impunemente antes de mi llegada. Pero el grito de la muchacha le desconcertó un instante. Miró a su alrededor y entonces me vio. Y yo ya llevaba la *Parabellum* en la mano y era lo bastante grande para distinguirla desde aquella distancia.

Sorprendido, tardó unos segundos en reaccionar, los suficientes para permitirme llegar hasta él. Seguramente esperaba recibir un balazo en las tripas, pero sin detener mi carrera le sacudí duro con el cañón de la pistola. El llamativo sombrero amortiguó el golpe. La prenda salió volando y el hombre cayó de rodillas, gimiendo y quejándose en su idioma.

—¡Vuelva al coche! —le grité a la muchacha.

—¿Qué va a hacer usted?

—¡Vuelva al coche! —repetí—. Yo me las entenderé con este angelito.

Wanda echó a correr, y se perdió pronto tras la esquina. Yo no deseaba disparar con la automática. Su estruendo atraería a media ciudad, y no me convenía tener público en semejante ocasión.

—¡Vamos, arriba, matón! —ordené.

Sacudió la cabeza. Por entre sus espesas pestañas, unos ojos muy negros me miraron, brillantes de odio.

—¡Hijo de la gran flauta! —barbotó en su lengua—. Te rajaré como a un cerdo…

—Seguro, compañero…

No pude decir más. Desde la misma posición en que estaba, saltó hacia arriba con el cuchillo por delante. Fue algo sorprendente, como si su cuerpo se distendiera impulsado por un resorte.

La brillante hoja de acero pasó a menos de dos pulgadas de mi estómago, a pesar de que pegué un brinco de costado. Pero tuve la oportunidad de sacudirle en la nuca, cuando ésta siguió la trayectoria del cuchillo.

El hombre se vino abajo y durante unos segundos no pudo moverse. Alargué el pie y aparté el cuchillo a un lado. Entonces se revolvió y sentí que mi pierna giraba y casi me la rompió. Tuve que dejarme caer aparatosamente para evitarlo, y apenas había tocado el suelo que ya el bastardo estaba sobre mí, buscándome la garganta con unos dedos como garfios.

Su mano izquierda logró cerrarse alrededor de mi cuello, pero la derecha le costó más porque conseguí golpeársela con la pistola. Decidí disparar o no saldría vivo de allí, pero en aquel instante soltó su mano de mi cuello y con el mismo movimiento me golpeó salvajemente en la cara.

Sentí todos los dolores de la muerte bajo sus golpes, pero para darles toda su potencia tuvo que enderezarse, lo que me permitió incrustarle la rodilla en el vientre, con lo que pude sacudírmelo de encima.

Conseguí ponerme de rodillas cuando él dejaba de revolcarse entre gemidos.

—¡Quieto! —grité—. ¡Quieto o te abraso!

Ni siquiera me hizo caso. Estaba como loco y lo único que ansiaba era matar.

Ciego de furor, se echó sobre mí, despreciando la automática. Pude golpearle otra vez, y de nuevo pegó de cara contra el suelo.

Ya no quise darle más oportunidades. Me incliné y le propiné un golpe seco detrás de la oreja. Así quedó inmóvil y me permitió un respiro.

Aguardé, impaciente, hasta que dio señales de vida. Habían pasado escasos minutos desde el comienzo de la pelea, pero de un momento a otro podían sorprendernos, y las cosas se pondrían muy difíciles. Y yo quería hacerle algunas preguntas.

—Si quieres más medicina de ésta, no tienes más que decirlo, amigo —le advertí—. Hasta reventarte la cabera, puedo seguir golpeando.

Sus ojos estaban enrojecidos cuando los clavó en mí como dos dardos.

—Veamos, y no creas que podrás escabullirte. ¿Quién tiene interés en matar a Wanda?

Apretó los labios, siguió mirándome de manera asesina y no respondió.

Desde luego, yo tampoco esperaba que lo hiciera a las primeras de cambio.

Así es que sólo tuve que inclinarme un poco y el punto de mira de la *Parabellum*, agudo como una navaja, abrió un surco en su mejilla. Inmediatamente la sangre comenzó a deslizarse hacia su mentón.

Ahogó un rugido y se llevó los dedos a la cara. Los retiró y estuvo contemplando la sangre que los ensuciaba, estupefacto, como si no pudiera creer que aquello estuviera sucediéndole a él.

—Por última vez, estúpido…, ¿quién te ha pagado para matar a Wanda?

Luchó por moverse. La sangre que brotaba de su mejilla le aturdía mucho más que los golpes que había recibido. Consiguió sentarse en el suelo y escupió la que había penetrado en su boca.

Masculló algo entre dientes, pero tampoco pude entenderlo. No conocía su idioma, aunque supuse que estaba mencionando a mis antepasados.

—Basta de perder tiempo —le dije, dispuesto a terminar en un minuto—. Te doy una oportunidad de escapar de esto sin más desperfectos. ¿Quién ha ordenado matar a la muchacha?

—Ha sido cosa mía —articulo finalmente, con voz ahogada.

Un tipo duro, pero yo podía serlo mucho más, si me obligaban a ello.

Le descargué otro golpe y el punto de mira de la automática entró de nuevo en funciones. Esta vez aulló sin tapujos y cayó de espaldas.

—Te he advertido, estúpido —dije—. No tienes opción; o hablas o te dejaré señalado para toda tu vida, suponiendo que sea muy larga…

—No conseguirá nada —gruñó, dejando de quejarse—. Los demás le harán pedazos.

—Todavía no lo han conseguido. Hasta que eso suceda…

Levanté la pistola. Se cubrió la cara con las manos y estalló:

—¡Basta!

—Okey, veamos qué tienes que decirme.

Intentó limpiarse la sangre que ensuciaba su boca. El dorso de su mano se tiñó de rojo.

—Entiéndase con Kramer —barbotó entre dientes—. Él es el

jefe.

Por alguna razón incomprensible, aquello me sonó a falso.

—Sigues mintiendo, pero lo lamento por ti.

—¡Estoy diciéndole la verdad! Kramer es quien ha ordenado liquidar a ésa espía…

—¿Estás seguro?

—¿Cree que no sé quién me paga?

Pensé rápidamente. Aquella manera tan burda de actuar no era propia de los hombres de Kramer. Era absurdo…

—Perfecto, compañero —decidí de repente—. Arriba. Vamos a hacer una visita.

—¿Qué infiernos…?

—¡Arriba he dicho!

Le ayudé a levantarse con un puntapié que le arrancó nuevos gemidos. Pero se puso de pie y quedó apoyado en la pared que tenía a sus espaldas.

—Andando y mucho cuidado. Tengo un tic nervioso en el dedo índice, y esta pistola funciona perfectamente.

Le señalé el rumbo con el arma y él se puso en marcha.

Desfilamos así hasta mi coche. Desde el asiento, Wanda nos miró con ojos asustados.

—Espera aquí, pequeña —le dije—. Este camarada y yo vamos a dar un corto paseo.

—¡Por favor, Lester! Vuelva pronto…

—No tardaré.

Empujé al tipo delante de mí hasta la entrada del *cabaret*. El portero nos miró con los ojos desorbitados por el asombro.

También el cubano empezó a temblar. No le gustaba el rumbo que tomaban los acontecimientos.

El portero miró la pistola y después levantó la cabeza, a punto de echar a correr.

Le atajé sin rodeos:

—Arriba, en su despacho, está Kramer. Dígale que McKenna está aquí y quiere verle ¡Y rápido! No me gusta esperar.

—No creo que…

—¡Vamos, adentro!

Pegó un brinco al ver moverse la *Parabellum*. Tras esto, giró como una peonza y desapareció. Yo empujé a mi prisionero hasta el

guardarropa. La muchacha tampoco se alegró de ver nuestro aspecto y la pistola en mi mano.

El cubano empezó a decir algo relativo a marcharnos de allí, pero le obligué a callar.

Dos minutos después, el mismo matón que me había guiado anteriormente surgió de alguna parte y casi gritó:

—¡Esconda ese trasto, maldito sea! ¿Quiere armar un escándalo?

—Quiero ver a Kramer.

—Lo verá. ¡Ya lo creo que lo verá! Venga conmigo.

Empujé a mi prisionero y esta vez nos metimos por un pasillo que se abría detrás del guardarropa.

Para ser un trabajo que nadie iba a pagarme, estaba corriendo demasiados riesgos.

CAPÍTULO VII

A Kramer no le gustó la invasión de su despacho. Sus ojos, tan fríos como un témpano, fueron de mí al sangrante matón. De éste a la pistola y de nuevo a mí.

—Empiezo a cansarme de usted, McKenna —farfulló—. ¿Qué nuevo truco se le ha ocurrido ahora?

—Mande a su mastín a dar una vuelta. No necesitamos testigos para esta conferencia.

Hizo una seña a Luigi y tan pronto éste hubo salido dije:

—¿Conoce a este ejemplar, Kramer?

—No lo había visto nunca. ¿Qué demonio le ha hecho?

—Hemos discutido un poco. Pero usted debería conocerlo, ya que está en su nómina.

—¿Cómo?

—Eso dice él.

Kramer se levantó y rodeó la mesa, acercándose a nosotros. Sus ojos no se apartaban del cubano.

—Veamos si me aclaras esto, moreno. ¿Desde cuándo estás en mi nómina de personal?

Su voz era tranquila, pero algo latía en el fondo de ella que me hizo estremecer.

El fracasado asesino se echó atrás y barbotó:

—¡Espere…! He tenido que decírselo…, para que no me golpeara más…

—¿Has tenido que decirle qué?

—Que usted me pagaba. No sabía cómo salir del atolladero…

—¿Y me has elegido a mí, sin otra razón? —estalló Kramer, poniéndose rojo—. ¿Por qué, desgraciado?

—Ha sido el primer nombre que…

No pudo seguir. El puño de Kramer voló al encuentro de la ya castigada cara del pobre matón, y éste salió proyectado hacia atrás.

Kramer se acercó a él y lo pateó salvajemente durante un minuto. Me mantuve quieto, al margen de aquella demostración. Por poco que pudiera, me proponía sacar beneficios de lo que estaba sucediendo.

—¡Así que Kramer te paga! —gritó el gran jefe—. Y jamás me había visto. Y le has dicho mi nombre a ese fisgón sólo para que dejara de sacudirte…

—Déjelo, Kramer —intervine entonces—. El fulano no se entera de nada.

Era cierto. Había perdido el conocimiento.

Jadeando, Kramer se echó atrás y lo contempló con mirada homicida. Se me ocurrió pensar que no me gustaría nada encontrarme en el lugar del cubano.

—¿De dónde lo ha sacado? —Gruñó el pistolero.

—Estaba en la calle, dispuesto a seguirme los pasos —mentí. No quería comprometer a la muchacha a ningún precio.

—Y él le ha dicho que yo le pagaba, ¿eh?

—Ya lo ha oído.

—¡Maldito sea! No lo entiendo. ¿Por qué ha tenido que dar mi nombre? Nunca lo había visto. Podía haber nombrado a cualquier otro fulano de la ciudad y no hubiera pasado nada. Pero no; Kramer…

—Tómelo con calma —le aconsejé con burla—. Es usted demasiado popular.

—No me apure, McKenna, no estoy de humor. Quiero saber de dónde ha sacado mi nombre un desgraciado como éste.

Un gemido del aludido le hizo dar la vuelta. El cubano comenzaba a removerse, pero todavía se encontraba a mil millas de este mundo.

Sin embargo, Kramer no le dio cuartel.

—¿Quién te ha hablado de mí? —le espetó, levantándole la cabeza.

—Yo no… ¡Por favor, míster Kramer…!

—¿Quién, bastardo?

El hombre dejó de lamentarse y contuvo el dolor de la manera que pudo. Pero Consiguió articular un nombre:

—Ramírez…

Kramer le soltó los cabellos, y su cabeza golpeó contra el suelo.

Poco a poco se enderezó, con los ojos entrecerrados, pensativo. Sin apartar la mirada del derrumbado matón, masculló como si hablara para sí:

—No lo entiendo…

—¿Quién es Ramírez, Kramer?

Mi pregunta le volvió a la realidad.

—Cierre la boca, «hurón».

Regresó a la mesa, se dejó caer pesadamente en el sillón basculante y de un manotazo descolgó el teléfono.

Pero cambió de opinión y volvió a dejarlo. Me miró.

—Está usted armando demasiado ruido, McKenna —dijo—. Voy a tener que arreglar eso.

Sonreí. Balanceé la enorme automática en mi mano y repliqué:

—Piénselo dos veces, gran hombre.

—¡Quíteme este trasto de la vista, maldito sea! Ni con un cañón saldría de aquí, si yo quisiera impedirlo.

—Tonterías. ¿Quién es ese Ramírez? Me gustaría decirle un par de cosas.

—A mí también. Y quisiera saber por qué ha mandado a ese imbécil detrás de usted…

—Yo no iba detrás de él, míster Kramer…

La voz del cubano entró en liza, todavía débil. Pero me hizo dar un respingo porque adiviné lo que se avecinaba.

Kramer se echó hacia adelante, interesado.

—Oigamos eso —dijo.

—¡El me ha sorprendido!, pero yo…

—Tú ibas a asesinar a una muchacha, compañero —intervine, para adelantarme a él.

—Bien, sí, pero la cosa no iba con usted.

Desde la mesa, Kramer escuchaba, muy interesado.

—Que alguien me cuente la nueva historia.

Fui yo quien lo hizo, y no perdí tiempo.

—Este tipo seguía a una muchacha. Llevaba un cuchillo y se disponía a clavárselo a la chica cuando yo lo he impedido.

—Sigo sin ver por qué me han metido en ello.

—La chica era Wanda —dije.

—Bueno, ¿y qué día…? —se interrumpió en seco y sus ojos llamearon—. ¡Wanda! ¿Qué ha sido de ella?

—Está en mi coche, esperándome.

—Esperándole a usted… Voy de sorpresa en sorpresa. ¿Desde cuándo la conoce?

—Desde esta noche.

—Y ya sale con usted, ¿eh? No parece usted el tipo que entusiasma a las mujeres al primer vistazo.

El cubano volvió a meter baza, y lo que dijo me demostró que las cosas estaban complicándose a pasos de gigante:

—Wanda está traicionándole, míster Kramer. Por eso Ramírez ha decidido quitarla de en medio…

Kramer acusó el nuevo golpe. El color huyó de sus mejillas.

—Ramírez ha decidido… ¡Por todos los diablos! ¿Qué pinta ese sucio mestizo en el negocio? ¡Ni siquiera se atreve a dar la cara, y ya dispone a quién hay que liquidar…! ¿De dónde ha sacado ese cuento de que Wanda me traiciona?

—Fue ella quien sopló los oídos del periodista.

El brinco que pegó el gran jefe me demostró que no sabía una palabra de todo aquello.

—¿Dónde está ese Ramírez? —bramó, enfurecido.

—Yo no sé…

—Tú sí sabes. ¿O tengo que refrescarte la memoria otra vez?

El castigado matón no tenía ningún deseo de que acabasen de quebrarle los huesos, de manera que acabó por hablar sin más rodeos:

—En el hotel Carillón, en Miami Beach.

—Un hotel de lujo —refunfuñó Kramer—. Espero que no tenga que pagarlo yo también. ¿Qué te ha dicho Ramírez sobre mí?

—Nada, solamente ha mencionado su nombre un par de veces…

—Y tú te lo has apropiado para salir de apuros. Pero no sabes que tus apuros no han hecho más que empezar.

Movió la mano por el borde de la mesa. La puerta se abrió silenciosamente y Luigi entró al instante. Se detuvo en seco al ver que mi automática se enderezaba apuntando a Kramer.

Pero éste no hizo caso del arma.

—Lleva a ese mestizo a lugar seguro, Luigi. Quiero que nadie sepa dónde está, ni él mismo. Un par de muchachos se quedarán

custodiándolo. ¿Comprendido?

—Desde luego. ¿Y ése qué? —dijo señalándome a mí.

—Puede esperar.

Luigi agarró al aturdido cubano y lo arrastró fuera del despacho. Al quedar solos, Kramer barbotó:

—Así que iba usted detrás de Wanda, desgraciado. ¿Quién le dio el soplo de que ella estaba liada con el periodista?

—Olfato de sabueso —dije con burla.

—No me venga con ésas. Estoy empezando a darme cuenta de que a mi alrededor se está jugando una partida de la que yo estoy al margen, y no me gusta correr esos riesgos. ¿Qué le ha dicho Wanda?

—No ha tenido tiempo de hablarme todavía. Escúcheme, Kramer. Si es cierto que usted no intervino para nada en la muerte de Haldane, ¿puede ser que el tal Ramírez sea el autor de la faena?

—No lo sé. Ni me importa, ya que estamos en eso. Pero usted va a olvidarse ahora mismo de todo esto, McKenna. Olvidarlo tan completamente como si sufriera amnesia. En caso contrario, tendrá que vérselas con algo demasiado duro para sus dientes.

—Probaré el bocado, en todo caso, Kramer. ¿Eso es todo lo que tenía que decirme?

—Nada más.

Señalé la puerta con el cañón de la pistola.

—¿Quiere abrir esta jaula, o tengo que organizar un poco de jaleo?

Se quedó mirándome. Casi sonrió cuando dijo:

—Lástima que esté usted al otro lado de la barrera. A mí me hacen mucha falta hombres como usted.

—Sí, seguro. ¿Qué me dice de la puerta?

—No le impediré salir, pero a partir de este momento tendrá que enfrentarse con lo que se le venga encima.

—Correré el riesgo. Sin embargo, déjeme decirle que me desconcierta usted, Kramer. Nunca se porta como yo espero que lo haga, de manera que cada vez que le veo es una sorpresa distinta.

—Quizá la próxima haga lo que usted está temiendo desde su primera visita a este despacho. Y ahora, largo de aquí.

Me apresuré a obedecer. No se puede tirar indefinidamente de una cuerda sin que se rompa.

Wanda seguía acurrucada en mi coche. Apenas si habló hasta que estuvimos corriendo hacia el norte de la ciudad, aunque sin apretar demasiado la velocidad. Tenía que concentrarme en lo que ella iba a decir.

—Ahora podemos hablar —empecé—. El hombre que ha intentado matarla creo que lo pasará bastante mal, de manera que no debe preocuparse de él…

—Ha sido espantoso. ¿Ha podido saber quién era?

—Ni siquiera le he preguntado su nombre. Había otras cosas de que hablar. Y vamos a olvidarnos de él, ¿quiere?

—Sí, Lester. Le debo la vida, sin duda alguna, y eso hace que me sienta tan agradecida a usted que…

—¡Oh, déjese de eso, muchacha!

—Perdóneme, estoy nerviosa —sonrió en la oscuridad del coche, y sin transición, cambió de tema—. Yo le dije a Jerry Haldane la clase de negocio que Kramer explotaba.

—Eso es lo que quiero que me diga a mí.

Suspiró y se recostó en el asiento, relajándose. En esa actitud habló:

—Kramer vende grandes partidas de armamento a las organizaciones cubanas en el exilio.

Calló. No obstante, y durante unos instantes, sus palabras repercutieron dentro de mi cabeza como un sordo latido.

Finalmente ella murmuró:

—Ése es el gran negocio de Kramer. Cada partida que, entrega vale un millón de dólares.

Tampoco dije nada. Había algo que no encajaba en el cuadro, algo que me estremecía al imaginar a Wanda mezclada en ello.

Hasta que no pude contener por más tiempo mi incertidumbre.

—No hay duda de que eso era un artículo sensacional en manos de Haldane —dije, hablando despacio—. Pero semejante asunto, de la manera como usted lo cuenta, la coloca en una posición muy falsa, Wanda.

—¿A mí?

—Ajá. Usted odia al régimen que impera en Cuba, por lo que he podido darme cuenta.

—¡Y no sabe con qué intensidad!

—Allí está lo falso, muchacha. Esas armas que Kramer vende a

esas organizaciones son para combatir ese régimen que usted odia. Sin embargó, está usted luchando para acabar con Kramer y su negocio, aunque eso represente terminar también con el suministro de armamento. Creo que intenta burlarse de mí, y si es así no tardará en darse cuenta de lo peligroso que es eso.

Tardó un poco en responder. No se había movido, de manera que seguía en la misma actitud de abandono y relajación. Volví la cabeza para poder verla, y advertí que tenía los ojos cerrados.

Empezó a hablar mientras estaba mirándola:

—No saque juicios precipitados, Lester. La mayoría de esas partidas de armas jamás llegan a entrar en combate. Kramer, de alguna manera que no he podido descubrir, se entera de las fechas y lugares de desembarco. Después de esto, los milicianos de Cuba caen sobre los expedicionarios y los exterminan, apoderándose de las armas. Una sucia traición que incrementa sus ventas terriblemente.

Quedé frío. ¡Vaya con el amigo Kramer! La cosa tenía lógica; si las armas se perdían, los guerrilleros pedían más, cosa muy natural, y los exilados se exprimían un poco más los bolsillos, organizaban colectas y demandas de fondos, y nuevos millones iban a engrosar la fortuna del gran bastardo.

—¿Está segura de lo que acaba de decirme?

—No hay ninguna duda. De siete envíos, sólo tres llegaron a su destino. Los tres primeros.

—Y cada envío vale un millón…

—Eso es.

—¿De dónde saca él las armas?

—No lo sé. Eso era lo que Haldane estaba investigando cuando lo mataron.

—Okey, pequeña. Veamos otro asunto: ¿quién es Ramírez?

Se enderezó y todo su cuerpo quedó tenso.

—¿Quién le ha dado ese nombre? —barbotó, asustada.

—No se preocupe de eso y responda. ¿Quién es ese individuo?

—Pertenece a la organización que se encarga de las compras de armamentos.

Comencé a ver una luz en aquel tinglado.

—Y, naturalmente, percibe una comisión por cada partida, ¿no es eso, Wanda?

Creí que me abofeteaba. Sus hermosos ojos centellearon en la oscuridad y se inclinó hacia mí, agresiva.

—¿Cómo se atreve a decir eso? —gritó—. ¡Ninguno de los que intervienen en las operaciones gana nada con ello! Es más, contribuyen a recaudar fondos con su propio dinero.

—Es usted una niña ingenua, a pesar de su belleza, Wanda.

—¡Usted qué sabe! Estamos luchando por algo más importante que un puñado de dinero.

—Algunos de ustedes, sí, no lo dudo. Pero otros, no. Ramírez es quien ha dado la orden de matarla a usted, Wanda. El propio asesino lo ha confesado.

—¡No! —sollozó—. ¡Miente usted!

—Baje de las nubes.

—¡Debe tratarse de otro hombre llamado Ramírez!

—¿Se aloja en el Hotel Carillón, de la avenida Collins, en Miami Beach?

—Sí, pero…

—Es el mismo, niña, no le de más vueltas. Y empiezo a pensar que si el amigo Ramírez es capaz de mandar a un asesino que acabe con usted, pudo hacer lo mismo con Haldane, con lo cual Philip Carter tiene razón al programar su inocencia. Tendré que hacerle una visita a ese individuo.

—No puedo creerlo. ¡No es posible que nos esté traicionando! Los milicianos de Fidel Castro mataron a su mujer…

—Quizá él lo considere como un favor —dije irónicamente—. Hay tipos que harían cualquier cosa para librarse de su esposa.

—¡No hable así! Usted no sabe lo que hemos sufrido… y lo que están sufriendo mis compatriotas.

—Tiene razón, no lo sé. Le buscaré un lugar seguro donde esconderse hasta que se aclare todo esto, pequeña. No puede volver al «Jamaica Club». A estas horas, Kramer sabe lo que puede esperar de usted.

No dijo nada. Escruté la carretera en busca de un lugar donde dar la vuelta al coche. Así fue cómo descubrí el que nos iba siguiendo.

Se mantenía a una distancia prudencial, pero no la variaba. Para comprobarlo, aceleré brutalmente. El hizo lo mismo. Aflojé la marcha hasta casi cinco millas por hora, con el motor ahogado. El

oscuro vehículo pegado a mi cola me imitó como si estuviera sincronizado con el mío.

—Ya los tenemos ahí —dije entre dientes—. Lo siento por usted, querida, porque esto se va a poner feo dentro de unos minutos.

Volvió la cabeza y en su rostro se pintó el espanto.

—¿Cree que nos siguen?

—No hay ninguna duda.

Saqué la «*Parabellum*», hice saltar el seguro y la dejé sobre el asiento, a mi lado. Entonces, ordené a la muchacha:

—Échese al suelo y trate de afianzarse bien. Y pase lo que pase, intente escapar a la primera oportunidad.

—¿Y usted, Lester?

—Yo haré lo mismo… si me dejan. Si no, la cubriré mientras escapa. Vamos, dese prisa.

Vaciló. Y de pronto, instintivamente, se abrazó a mi cuello, y su boca, apenas retocada, oprimió mis labios con todo un huracán de fuego latiendo en su aliento.

El coche pegó un bandazo y casi perdí el dominio del volante. Ella se apartó y su rostro quedó a un par de pulgadas del mío.

—Lester…

—Sí, querida.

—Pase lo que pase, nunca le olvidaré.

—Creo que yo tampoco, Wanda.

—Llámame Rosa.

—Es un lindo nombre. Rosa. Y ahora, tiéndete sobre la alfombrilla.

—Me has salvado la vida, Lester.

—¿A qué viene eso ahora?

—Creo que te quiero un poco.

Por el espejo del retrovisor vi acercarse los potentes faros de nuestro perseguidor.

—Yo también, Rosa… ¡Por favor, querida! Al suelo…

Las puntas de sus dedos rozaron mi cara. Por el rabillo del Ojo descubrí las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Creí que debía decirle algo animoso antes de que estallara el infierno. Así es que murmuró:

—Eres la mujer más maravillosa de cuantas he conocido. ¡Te quiero, Rosa! No lo olvides, suceda lo que suceda… ¡Al suelo ahora,

amor mío!

Se dejó caer sobre la alfombra. El otro cocho estaba casi encima nuestro. Empuñé la pistola y sin quitar la marcha apreté brutalmente el freno. Las ruedas chirriaron salvajemente sobre el asfalto. Las del perseguidor les hicieron coro, pero siguió adelante, patinando y con el motor rugiendo como el de un avión.

Entonces abrí fuego. Había nueve cartuchos en el cargador, de manera que con un poco de suerte alguno nos llevaría la delantera en el viaje al infierno.

Las balas astillaron sus cristales. El coche cesó de patinar, pero no se detuvo, sino que vino como una centella a estrellarse contra la trasera de mi pobre «Ford», que dio un salto, cayó en la cuneta y dio la vuelta de campana, entre un terrible estruendo.

Un martillo pilón me sacudió por todas partes. Después caí sobre el tenso cuerpo de Wanda y pude escuchar los gritos desgarrados de alguien no muy lejos.

Cuando el coche se detuvo, advertí varias cosas a un tiempo. Primero, que todavía estaba vivo. Eso era importante. Segundo, Rosa sollozaba aplastada bajo mi peso, aunque eso no tenía mayor importancia en aquellos instantes. Y tercero, que las cosas no iban demasiado bien para nuestros perseguidores, ya que los gritos de dolor en la carretera eran como trompetazos en la noche.

El otro descubrimiento no pude advertirlo de momento, porque una espesa niebla tomó cuerpo ante mis ojos y me sentí flotar en un mar negro y sin fondo, al que no llegaba ninguna sensación de vida.

CAPÍTULO VIII

Algo estaba sacudiéndome. Una voz débil y sollozante murmuraba:

—¡Lester! ¡Oh, Dios santo, Lester!

Abrí los ojos. Una tempestad de dolor se desencadenó en todo mi cuerpo. La muchacha dijo precipitadamente, mientras seguía intentando librarse de mi peso:

—¡Ya vienen, Lester!

Como un relámpago, recordé todo lo sucedido, No debía haber estado inconsciente ni un minuto.

Mis dedos apretaron la culata de la pistola que seguía firmemente en mi mano. Escuché los pasos de varios hombres, saltando por el terraplén y hablando excitadamente entre ellos.

Olvidando el dolor que me atenazaba, salté por encima del respaldo y caí en el compartimiento posterior, una de cuyas puertas estaba abierta. Tambaleándome, me encontré sobre la tierra húmeda. Cuatro o cinco sombras convergían hacia el destrozado «Ford». Todos llevaban algo en las manos, y no me entretuve en ver qué era.

Levanté la mano armada a la altura de la cadera y disparé. El tremendo estampido de la «*Parabellum*» hizo añicos el pesado silencio de la noche. Una de las sombras pegó una voltereta y se desplomó sin una queja. Yo sabía la clase de boquetes que podían abrir las balas de mi automática, y no me extrañó su efectividad.

Los demás asaltantes echaron a correr, zigzagueando, y uno de ellos disparó también. Su tiro fue demasiado precipitado y pasó por encima de mi cabeza.

El segundo bramido de mi viejo recuerdo de guerra le dio al más cercano en la cabeza. Algo sucedió que me puso los pelos de punta, ya que dio la sensación de que lo habían decapitado antes de caer

rodando.

Pero ya los demás se me echaban encima. Era asombroso el desprecio por la vida de aquellos bastardos.

Un golpe demoledor me paralizó todo el costado derecho y la pistola escapó de mis dedos inertes. Grité de dolor, pero la cosa no había hecho más que empezar.

Dos de ellos me cayeron encima por detrás, golpeando ambos a la vez. Comencé a verlo todo rojo. Pude alcanzar a otro con un puntapié cargado con toda la salvaje ira que me dominaba. Hubo un aullido que ahogó mis gritos y el tipo se fue rodando cuesta abajo, apretándose la parte lacerada.

Utilizaban cachiporras de profesional. Una de ellas cayó sobre mi nuca y mi cerebro estalló en una catarata de relucientes chispas. Todo a mi alrededor comenzó a volverse oscuro.

Los golpes llovían de todas partes. Exclamaciones entrecortadas de los asaltantes, que jadeaban, los delataban como a extranjeros. Un ariete se hundió en mi estómago, derribándome de rodillas. Ciego, gritando como una bestia herida, intenté luchar todavía.

Entonces, Wanda empezó a gritar, aterrorizada.

Fue un momentáneo estímulo. No podía dejar que cayera en manos de aquellos asesinos.

Intenté levantarme. Mis dedos engarfiados se cerraron bajo el estómago de alguien. Apreté y retorcí la mano. Hubo un aullido y un pataleo. Seguí ejerciendo presión y el tipo cayó a mis pies, arrastrándome con él. Entonces golpeé, aplastando cartílagos. El fulano dejó de moverse.

Ya no veía a mi alrededor, pero luché por incorporarme. En el mismo instante el universo se desplomó sobre mi castigada nuca y mi cara besó la tierra, llenándome la boca.

Los gritos de la muchacha se debilitaban, alejándose. Me arrastré, llamándola sin voz, sólo con la mente, rugiendo entre dientes y escupiendo tierra. Todo el dolor del infierno lo tenía metido en mi cráneo, y a cada esfuerzo por adelantar se esparcía en oleadas a lo largo de todo el cuerpo.

De pronto, hubo una llamarada. Oí el estampido del disparo y en el mismo instante un millón de cuchillos arañaron mi cara y acabaron conmigo.

Ya no pude oír a Wanda, ni llamarla, ni luchar…, ni vivir.

Hasta que un río de fuego se deslizó por mi garganta, ahogándome con sus llamas. Entonces la vida volvió a mí envuelta en dolores de agonía, como si sólo viniera para abandonarme enseguida.

Una voz gritó:

—¡Ya vuelve en sí!

Al diablo… Intenté abrir los ojos. Descubrí una sombra inclinada que me impedía ver las estrellas. Era un hombre, pero detrás de él, una voz de mujer apremió:

—¡Déjalo ya, Harry! Si vuelve en sí, no te necesita más.

Una dama caritativa…

Harry dijo:

—No podemos abandonarlo tal como está. ¿No te das cuenta, querida? Tiene la cara llena de sangre.

—Si pasa un patrullero nos acusarán de haberlo arrollado nosotros, nos tomarán los nombres.

Harry dijo algo respecto a que ella tenía razón, a que no podían permitir que los vieran juntos. Luché por recobrar las fuerzas.

La dama caritativa insistió:

—No va a morirse porque nosotros nos vayamos… Otros lo encontrarán. Déjale la botella —acabó, magnánima.

Harry se inclinó un poco más sobre mí.

—¿Puede usted oírme? —indagó con voz débil.

—Sí.

—No me es posible quedarme con usted, lo lamento… Tenga, beba…

Colocó el gollete de la botella entre mis hinchados labios y de nuevo el fuego líquido se deslizó por mi garganta. Cuando llegó al estómago semejó una explosión, pero su energía se esparció por todos mis nervios. Un poco más de semejante tratamiento, y estaría en condiciones de mirar al mundo cara a cara.

El buen samaritano insistió:

—No se mueva. No tardará en pasar algún patrullero y su coche se ve desde la carretera. Quédese con la botella.

La dejó al alcance de mi mano. Por entre la bruma que todavía parecía envolver mi cerebro, pude ver su cara. Era un chiquillo que no pasaría de los dieciocho años. Comprendí sus prisas. Una escapada con la chica o tal vez ella era casada, uno nunca sabe…

Sin más explicaciones, los dos se alejaron encaramándose por el terraplén.

Escuché el motor de su coche mientras se alejaba… Sus palabras respecto a un posible patrullero no me animaban precisamente.

Agarré la botella. A juzgar por su peso estaba por la mitad. Había suficiente para revivir. La sostuve obstinadamente pegada a mi boca y cuando la dejé no quedaba ni una gota: Un agradable calorcillo iba extendiéndose dentro de mí, de manera que podía empezó a moverme.

Me arrastré como pude hasta el «Ford». Al verlo comprendí que el viejo cacharro había exhalado el último suspiro. Jamás volvería a rodar por sus propios medios.

Estaba con las ruedas sobre el suelo, pero aplastado contra un robusto tronco, aparte de que la parte trasera era un amasijo informe de hierros retorcidos. Tenía otros destrozos que no me molesté en examinar.

Me dejé caer sobre el asiento delantero y tanteé en busca, de la llave de la luz. El tablero se iluminó y pude contemplarme en el espejito. Me asusté de lo que vi.

Mi cara estaba hinchada como un globo y cubierta por una costra de sangre y tierra. Multitud de pequeñas heridas seguían sangrando todavía, y eso me recordó el disparo que me habían soltado como despedida. La bala debía haber pegado contra la grava del suelo, a una pulgada de mi cara. Las esquirlas me habían acribillado. Mentalmente, di gracias por tener los dos ojos intactos, o casi por lo menos. Estaban negros e hinchados, pero cada uno en su sitio.

Con el pañuelo me limpié como pude. Hecho esto, arranqué el tarjetón de la patente y abandoné el auto. Así tardarían más tiempo en identificar al propietario.

Cada movimiento era un cuchillo de dolor atravesándome de parte a parte, pero el recuerdo de lo sucedido con Wanda era un estimulante.

Estaba escalando el suave terraplén cuando recordé que mi automática había quedado sobre el campo de batalla. Maldiciendo entre dientes, volví atrás y perdí más de quince minutos para encontrarla.

Cuando llegué a la carretera apenas si podía sostenerme sobre

mis piernas, no obstante, anduve casi una milla pegado a la cuneta, escondiéndome de los autos que pasaban por temor a tropezar con un patrullero.

Al fin distinguí los enormes faros de un camión. Era lo que yo necesitaba. Le hice señas, casi cerrándole el paso. El mastodonte aflojó la marcha y se detuvo entre un estruendo de soplidos del aire comprimido que escapaba de los frenos.

—Suba, compañero —gritó el chófer alegremente—. Empezaba a aburrirme.

Me encaramé hasta la cabina. Tan pronto me vio, el hombre dejó el humorismo de lado y exclamó:

—¡Madre mía! ¿Le ha pillado una apisonadora?

—He tenido un accidente. Mi coche ha saltado fuera de la carretera.

—¡Caray! Ha quedado usted hecho un mapa.

Manejó el cambio y el enorme armatoste reanudó la marcha.

—Debería verle un médico, amigo —dijo el hombre—. Tiene mal aspecto.

—Me siento peor de lo que mi aspecto pregona.

—¿Quiere un trago? Hay una botella en el compartimiento a su derecha.

—Gracias.

Eché un buen trago. El camión rodó sin contratiempos y a mí me entró una pesada somnolencia, pero luché por ahuyentarla.

Para conseguirlo me dediqué a pensar en los últimos acontecimientos. La angustia motivada por lo que pudiera haberle sucedido a Wanda ponía estremecimientos en mi corazón. Eso me preocupó por lo que tenía de sentimiento personal. ¿Sería cierto que amaba a la hermosa cubana?

Así transcurrió el tiempo, y cuando descubrimos las primeras luces de la ciudad, el camionero mascculló:

—Y todavía me faltan casi cien millas. ¡Qué vida! ¿Dónde quiere apearse? Yo no entro en la ciudad. Tengo que seguir por la 101.

—Sí, claro… Pare en cualquier cruce. Buscaré un taxi.

No tardamos en descubrir uno que circulaba despacio en nuestra misma dirección. El chófer hizo parpadear las luces para llamar su atención y el taxi se detuvo. El coloso de la carretera hizo lo mismo a poca distancia.

Le di las gracias al amable conductor y esperé que se alejara antes de tomar el taxi, al que di la dirección de un médico conocido de antiguo, y me desplomé contra el respaldo.

Howard Linstrom era un hombre de costumbres morigeradas, en parte debido a su rígida esposa, una bella mujer con un carácter endiablado.

Así es que cuando apareció en la puerta y me reconoció, su cara no expresó precisamente alegría alguna.

—Debí suponer que eras tú —me espetó con disgusto—. Entra, antes que Molly salte de la cama y arme un escándalo.

Me llevó a su consultorio. Una vez allí, dije con sorna:

—Supongo que aquí no entrará tu mujer, ¿eh?

—No, claro.

—Menos mal.

Me quité toda la ropa y me tendí en su mesa de reconocimiento.

—Echa un vistazo a lo que queda de mí, a ver qué puedes hacer para repararlo.

—¡Cielos! ¿Con quién te has peleado?

—No hagas preguntas indiscretas y trabaja.

Puso manos a la obra, entre gruñidos de disgusto. Cada vez que sus manos tocaban mi piel tenía que morderme los labios para no gritar de dolor.

Tardó media hora en aplicarme un tratamiento de urgencia. Entonces me hizo sentar y miró mi cara.

—Esto es peor —refunfuñó—. ¿Cómo diablos quieres que haga nada aquí? Sólo puedo limpiarte las heridas.

—Mientras no sangre, ya es suficiente.

Quince minutos más de tortura y mi cara quedó más o menos presentable. Cuando me miré en un espejo seguía siendo una especie de máscara que no se parecía a mí en absoluto, pero estaba limpia y no brotaba sangre. Eso habíamos ganado.

—¿Cuánto te debo, Howard?

—Nada. No te he visto esta noche. Hace meses que no sé nada de ti. ¿Está claro? No puedo cobrar un servicio que no he realizado.

—Ya veo… Molly, ¿eh?

Hizo una mueca.

—No quiero disgustos, eso es todo.

—Perfecto, Howard. Si alguna vez puedo hacer algo por ti, ya

sabes.

—No lo creo. Nunca me meto en jaleos, Lester.

Estreché su mano y me lancé a la calle. Lástima que su mujer fuera algo semejante a un sargento de marina.

Hubiera dado cualquier cosa por sumergirme en la cama y dormir hasta que el cuerpo tuviera bastante, pero Wanda no descansaría mientras siguiera en poder de aquellos salvajes, de manera que abandoné la idea del descanso y busqué un taxi.

Cuando lo encontré, le ordené al chófer que me llevara a Miami Beach. Tenía una cita en el hotel Carillón.

CAPÍTULO IX

El inmenso palacio de la avenida Collins, entre las calles 68 y 69, con sus seiscientas veinte habitaciones, relucía de luz a pesar de lo tardío de la hora. El tal Ramírez vivía como un príncipe, a expensas de la lucha por su país.

Di un par de vueltas por las cercanías de la entrada. Con mi aspecto, no podía soñar en acercarme a la recepción. La solución estaba en localizar un complaciente botones.

Lo encontré a cierta distancia de la entrada, medio escondido detrás de unas palmeras, fumando un cigarrillo en actitud beatífica.

Se sobresaltó al verme, pero inmediatamente su mirada cayó sobre el billete que ondeaba en mi mano y se apresuró a aplastar el cigarrillo en el suelo.

—Estos cinco «pavos» andan buscando propietario, chico —dije de entrada.

—Entonces me buscan a mí, señor.

—Ya lo imaginaba. ¿Conoces a un cubano llamado Ramírez? Se aloja en el hotel.

—Lo he visto algunas veces.

—¿Sabes qué habitación ocupa?

—Sí.

—¿Está ahora en ella?

—No lo sé, señor. Hace más de una hora estaba en el *cabaret*.

—Echa un vistazo a ver si sigue allí todavía. Te esperaré aquí.

—Okey.

Salió disparado y yo ocupé su discreto lugar. No tardó mucho en estar de vuelta.

—No está, señor —dijo—. Un camarero me ha dicho que se ha retirado a su habitación.

—Ajá… ¿Cuál es la habitación?

Alargó la mano y se embolsó el billete.

—Quinientos seis, señor.

—¿Sí? Me pregunto si cinco dólares más serían suficientes para obligarte a servirme de guía por un lugar discreto. No quiero que me vean con esta cara.

—Realmente, es bastante llamativa, señor. ¿Un accidente?

—Algo así.

—Hay una entrada de servicio —explicó—. A estas horas, no suele haber nadie allí.

—¿A qué esperamos, entonces?

Hizo un gesto muy expresivo, de manera que le entregué los cinco dólares prometidos y tras esto echamos a andar rodeando el inmenso edificio.

—Allí es —anunció, señalando una puerta con demasiada luz para mi gusto.

Nos acercábamos a ella cuando alguien salió por el portal. Tras el primer hombre salió otro, ambos andando con extraordinaria prisa.

—¡Espera! —dije con voz tensa.

Los dos hombres se alejaron a buen paso. Eran Kramer y el tipo llamado Luigi.

—¿Qué pasa, señor? —indagó el botones, alarmado.

—Nada, sólo que no quiero que nos vean.

Me guió por un verdadero laberinto de pasillos, escaleras, cuartos abarrotados de utensilios de limpieza de los cuales partían tramos de estrechas escaleras de servicio, y finalmente desembocamos en un ancho pasillo brillantemente iluminado.

—Ésta es.

Antes que pudiera impedírselo, golpeó la puerta con los nudillos. Ahogué una maldición porque no era aquello lo que yo deseaba.

Sin embargo, lo que sucedió a continuación me hizo olvidar mi enfado. Porque la puerta había girado sobre sus bien engrasados goznes al solo contacto de la mano del botones.

—Debe haberse dejado la puerta abierta —comentó el muchacho.

—No te muevas de aquí, chico. Eso no me gusta.

—¿Qué le pasa ahora?

—¿Dónde está la llave de la luz?

—¡Oiga! No puede usted entrar, si no está él.

—Déjate de tonterías.

Atravesé la entrada y tanteé la pared. Una catarata de luz se esparció por la habitación, alumbrando un inmenso diván curvo, adosado a la pared, unos butacones y la mesita sobre la que había un par de botellas y unos vasos.

También la luz arrancó destellos rojos a la sangre que empapaba la blanca camisa del moreno individuo tumbado junto al diván.

El botones ahogó un gemido detrás de mí. Lo agarré por el hombro y le obligué a penetrar en la habitación. Después, cerré la puerta.

—No armes escándalo, muchacho, o vas a verte metido en un buen lío. No te gustaría perder el empleo, ¿verdad?

—¡Caray, claro que no!

—Pues cierra la boca y estate quieto. Voy a dar un vistazo.

—Pero… pero… ¡eso es un asesinato!

—¿Qué creías que era?

Me acerqué al cadáver, comprobando que llevaba muy poco tiempo muerto. Había sido un hombre alto y apuesto, bien constituido. De rostro muy moreno, casi aceitunado, sus facciones podían calificarse se regulares, aunque estaban distendidas por una mueca que la muerte había fijado en su boca.

No toqué nada, pero me moví por toda la habitación. Entré en el dormitorio. Sobre los pies de la cama estaba la chaqueta del hombre. Aproveché la ocasión y revisé los bolsillos, echando un vistazo a sus documentos. No había nada de interés.

Fue al levantarla que descubrí la cartulina. Seguramente se había deslizado de su bolsillo. Sin tocarla, leí las letras impresas en oro sobre la superficie color crema. Era una invitación para asistir a la fiesta de los señores Marshall, y la fecha correspondía a la noche en que Haldane había sido asesinado.

Volví a dejarlo todo tal como estaba y regresé junto al aterrado botones.

—Vamos a salir de aquí sin llamar la atención, muchacho —le dije, empujándolo hacia el pasillo—. No digas una palabra a nadie de lo que has descubierto. Ya lo encontrarán las camareras. ¿Comprendido?

—En cuando salga de aquí, lío habré olvidado —aseguró.

Otra vez recorrimos aquel laberinto, pero el muchacho me abandonó antes de llegar a la salida. No tenía ningún interés en que le vieran en mi compañía.

Me alejé del hotel, con la angustia atenazándome el pecho. Yo había confiado en llegar hasta Wanda por medio de Ramírez. Estaba dispuesto a destrozarlo sin piedad, con tal de conseguir mis propósitos, y todo se había ido al diablo con aquel asesinato.

Pensé en Kramer y en sus prisas por abandonar el hotel por la puerta de servicio. Reflexioné sobre el asunto. No parecía propio de Kramer hacer una cosa semejante personalmente. Tenía gente suficiente para no tener que arriesgarse él. No obstante, yo le había visto salir de allí, seguido de su mastín amaestrado. Bien explotado, eso era algo que podía ayudarme a encontrar a la muchacha.

Cuando llegué a mi apartamiento faltaba poco para el amanecer. Estaba agotado y tenía la sensación de que mis huesos se habían convertido en gelatina. Apenas podían sostenerme.

Abrí la puerta y di un paso antes de detenerme en seco. La luz estaba encendida y dos hombres se habían apoderado de las únicas butacas que poseía. Ambos se levantaron de un salto cuando me vieron.

—Entre, McKenna —dijo uno de ellos—. Casi nos hemos cansado de esperar.

Entré y cerré la puerta. Por lo que pude ver, también se habían bebido mi *whisky*.

—No recuerdo haberles invitado, pero ya que están aquí…

Entonces se fijaron en mi aspecto. Cambiaron una mirada divertida antes de que el mismo que había hablado antes lo hiciera de nuevo.

—¿Con qué ha tropezado, McKenna?

—Oigan, estoy hecho polvo y quiero acostarme. De manera que terminemos pronto con esto. ¿Qué han venido a buscar?

—Está cansado. Se le nota, ¿sabe? Pero no podrá echarse a dormir todavía. El jefe quiere verle.

—¿Sí?

—Kramer.

—¿Qué le pasa ahora al gran hombre? ¿Se aburre?

—Ahora iremos a verlo.

Se pusieron en marcha y me encontré con uno a cada lado. Me empujaron hacia la puerta. Un poco más y hubieran tenido que llevarme en volandas.

—Quiero cambiarme de ropa. La que llevo puesta está rígida de tierra y sangre seca.

No opusieron inconveniente, pero me vigilaron mientras me cambié. No parecieron inquietarse a la vista de la automática ni de la «Webley». Tampoco hicieron nada para impedirme que volviera a cargar con la «*Parabellum*». Solamente uno de ellos opinó:

—No debería llevar ese trasto encima, McKenna. Ya está bastante cansado para cargar con tamaño peso.

No dije nada y me dejé conducir escaleras abajo hasta el coche que esperaba cerca de la entrada.

Uno se instaló a mi lado y el otro se encargó de manejar. El «Cadillac» giró en plena calle y voló a través de la ciudad desierta. Eran unas horas infernales para entrevistas.

Las calles quedaron atrás y el coche se encaramó por las colinas, siguiendo los tortuosos paseos en los que la espesura de los jardines ocultaba las edificaciones de los potentados.

Llegamos ante una verja, ésta se abrió delante del coche y atravesamos un jardín antes de detenernos al pie de una gran casa moderna, con grandes paneles de cristal. La pálida luz del amanecer se reflejaba en ellos.

—Abajo, compañero.

Salté fuera del auto. Me guiaron hasta el interior, cuya decoración debía haber costado una fortuna.

Kramer estaba sentado en un confortable butacón, fumando nerviosamente un cigarrillo. Había una expresión de cansancio en su cara.

—Ha tardado mucho, McKenna —refunfuñó.

—También usted se ha movido muy despacio esta noche, Kramer.

Enarcó las cejas y me miró por primera vez.

—¿Otro de sus acertijos? ¡Hombre! ¿Qué le pasa en la cara?

—Debería usted ver el resto del cuerpo. Supongo que usted no sabe nada de eso, ¿eh?

—Claro que no.

—Bueno, ya queda tiempo de hablar de este asunto. ¿Qué le

preocupa ahora? Debe ser algo serio cuando ha mandado a sus mastines para traerme aquí con tanta urgencia.

—Para mí es importante.

Hizo un ademán, despidiendo a los dos hombres… Uno de ellos le advirtió:

—Lleva una pistola, jefe. Un trasto como un cañón.

—Sí, es una costumbre en McKenna. Le gusta llevar peso. Esperen fuera.

El hecho de que me dejaran la artillería, me tranquilizó. Seguía sin comprender a aquel tipo.

—Ahora dígame, hurón: ¿dónde está Wanda?

Pegué un respingo que avivó el dolor de mis huesos.

—¿Para preguntarme eso me ha hecho traer?

—Ella se ha marchado con usted. Necesito encontrarla.

—¿Para qué?

Suspiró, aplastó el cigarrillo en el cenicero y se recostó contra el respaldo de la butaca.

—Quiero preguntarle un par de cosas. Según parece, el fulano que usted me trajo estaba diciendo la verdad respecto a ella. Creo que fue Wanda la que reveló algunas cosas a su amigo periodista.

—Y ahora quiere ajustarle las cuentas.

Sacudió la cabeza.

—No vale la pena. Si es cierto, la despediré. No puede hacerme ningún daño a estas alturas.

—¿Qué otras cosas le ha dicho el amigo charlatán?

—¿Le gustaría saberlo? —sonrió entre dientes—. El tipo ha decidido colaborar, ¿sabe usted, McKenna? Ha hablado hasta por los codos. Lástima que no supiera mucho.

—Ya imagino que los métodos de usted lo habrán convencido.

—Thomson también estaba en tratos con Haldane.

Lo dijo sin variar el tono de voz, como si hablara del tiempo. No obstante, al escucharle todo el cansancio se esfumó de mi cuerpo y mis nervios se atirantaron igual que ante un peligro inmediato.

—¿De dónde ha sacado eso, Kramer? —conseguí articular.

—Tengo gente que me informa. Les pago bien y siempre tienen noticias interesantes para mí. Ésta es una de ellas. Ya ve que no tengo inconveniente en decírselo. Ahora, ¿dónde está Wanda?

—¿No lo sabe usted?

Dejó de sonreír. Sus ojos se entrecerraron amenazadoramente.

—No empiece con juegos de palabras, McKenna. Mi paciencia tiene un límite.

Retrocedí hasta sentarme en otra butaca. Realmente, me sentía tan débil como un recién nacido.

—Si no lo sabe, será mejor que trate de averiguarlo, Kramer, porque le va la cabeza en ello. Yo también quiero encontrarla.

Se enderezó cansadamente.

—Está jugando con fuego, pero si le gusta quemarse…

—Tengo una historia para usted, Kramer —le interrumpí—. Una historia interesante, me atrevería a decir.

—Si tiene algo que decirme, hágalo. Pero sin palabrería inútil.

Seguí su consejo y le conté escuetamente lo sucedido en la carretera, con la consiguiente pelea y el secuestro de la muchacha.

Vi que le interesaba mucho lo que oía, porque no me interrumpió ni una sola vez. Sólo al final inquirió:

—¿Está seguro de que eran cubanos los que le atacaron?

—Eran extranjeros.

—Ya veo…

—Ellos se llevaron a Wanda, Kramer. Usted está en tratos con esa gente, ¿no es así? Haga que la suelten y no pierda tiempo en hacerlo o se verá envuelto en el mayor lío de su historia.

—¿De qué está hablando ahora?

—De Ramírez.

Eso le hizo mella. Se levantó de golpe y se acercó a mí con los puños cerrados.

—¡Maldito! ¿Qué sabe usted de Ramírez?

—Que está muerto.

Se detuvo, haciendo esfuerzos para serenarse.

—Siga —gruñó.

—Usted y Luigi han salido del hotel Carillón por la puerta de servicio, como si les persiguiera el diablo… Y Ramírez acababa de morir en aquellos instantes.

—Usted parece saber cuándo ha muerto, McKenna. No yo.

—Déjese de tonterías. No estaba yo sólo cuando ustedes han abandonado el hotel. Otro testigo puede identificarle, Kramer, y no crea ni por un instante que eso es una baladronada.

—Estoy seguro de que no lo es. Pero eso no le llevará a ninguna

parte.

—¡Ya lo creo que sí! O usted encuentra a Wanda antes de una hora y la deja libre y en paz, o ese informe sobre su visita al Carillón saldrá en letras de molde en todos los periódicos. Con eso, la policía no tendrá más remedio que moverse.

—Ya veo. Usted ha sido para mí un buen dolor de cabeza, desgraciado.

—Empiezo a cansarme de que me llame así.

—Ya. ¿Cómo era el coche que se le ha echado encima?

—No lo sé. Lo único que he visto de él es que era grande y de color oscuro. Podía haber sido negro.

—No me dice nada. ¿Ha podido ver a alguno de sus asaltantes?

—No. Sí lo que trata de hacer con todo esto es identificarlos, creo que está perdiendo el tiempo. Si no trabajaban para usted, lo hacían para Ramírez.

—No eran hombres de Ramírez —afirmó—. Y tampoco míos.

—No puedo creerlo.

—Déjeme pensar.

Callé. Cerré los ojos y no me hubiese costado nada quedar dormido como un tronco.

Kramer se paseó de un lado a otro. Sin cesar en sus recorridos, preguntó:

—¿Qué ha podido sacarle usted a Wanda?

—Todo.

—Comprendo. La pequeña zorra… Sin embargo, ella misma está arruinando a los hombres que luchan por su misma causa.

Agucé la atención al oír eso. Por lo visto, las sorpresas no habían hecho más que empezar.

—¿Por qué?

—Es lógico. Si me mete en un embrollo, no proporciono más armas. Ellos son los que salen perdiendo.

—Creo que olvida un pequeño detalle, compañero… Tanto Wanda como los demás cubanos se han cansado de ser traicionados por usted. No desean que sus envíos caigan regularmente en manos de los milicianos de Castro.

Detuvo los paseos y se quedó quieto delante de mí.

—Hábleme de eso.

—¿Para qué, si lo sabe mejor que yo? Y no me diga que va a

cerrarme la boca a mí también. Una bala de mi antigualla es más rápida que cualquiera de sus matones.

—¡Oh, condenación! No diga más sandeces. ¿Qué es eso de las traiciones?

Si uno se fiaba de su acento, Kramer no sabía de qué le estaba hablando. ¡Vaya tipo!

Pero le conté lo que Wanda me había revelado, y cuando acabé de lanzar mi acusación, la «*Parabellum*» estaba ya en mi mano.

Ni siquiera la miró.

—Así que era eso… —murmuró entre dientes—. Debí haberlo sospechado hace tiempo. ¡Qué estúpido he sido!

Una vez más, el estupor me dejó mudo ante el cabecilla del delito.

Sólo al cabo de unos segundos pude decir:

—No sé si habla en serio o está representando una comedia, pero sea lo que sea, no ayuda a Wanda con ello. Y el tiempo corre, Kramer.

—Sí, y usted me ha concedido una hora. Otra de sus estupideces, «hurón». No me extraña que le quitaran la licencia.

—Bueno, usted verá lo que hace.

—Debería darle la segunda paliza de la noche —dijo—. Pero después de todo, me divierte su estupidez. Creo que ya sé dónde tienen a Wanda, desgraciado.

No supe qué decir. Aquel hombre era una continua fuente de sobresaltos y sorpresas para mí.

CAPÍTULO X

Los dos coches se detuvieron uno al lado del otro en un desvío de la carretera. Los hombres, seis en total, saltaron fuera y se reunieron en torno a Kramer. Yo me quedé fuera del círculo, sin apenas dar crédito a lo que estaba sucediendo.

Kramer dio sus últimas instrucciones.

—No quiero fuegos artificiales, si no es absolutamente necesario. ¿Está claro?

Nadie respondió. El jefazo añadió:

—Todos saben lo que tienen que hacer, de manera que andando.

El grupo se desperdigó, y pronto desaparecieron entre los árboles. Entonces intervine en el asunto:

—No va usted a dejarme fuera, ¿eh, Kramer?

—Ni lo sueñe —dijo con una sonrisa—. Tengo la esperanza de que el primer golpe lo reciba usted. Vamos, sígame y no arme ruido.

—Espere… Me gustaría saber por qué hace usted eso. Wanda estaba dispuesta a traicionarle, ¿no?

—No ve usted más allá de sus narices. Ella creía que yo les traicionaba a ellos. Sus hombres caían en poder de los milicianos de Castro y eran fusilados, y las armas se perdían, después que habían sido pagadas con el dinero de las organizaciones. Y le aseguro que tienen que sudar lo suyo para reunirlo.

—Lo que no le impide a usted hacer el gran negocio.

—Bueno, corro mis riesgos también. Es un «racket» como cualquier otro, y no puedo mostradme sentimental. Además, si algún día consiguen echar al barbas de cabeza al mar, tengo la esperanza de lograr algunas concesiones en la isla. Casinos de juego, ya sabe…

—Ahora es cuando empiezo a conocerle, Kramer. Y no me

disgusta, lo crea o no lo crea.

—Déjese de palabrería y sígame, ya hemos perdido demasiado tiempo.

Nos internamos por un estrecho sendero que terminaba en un promontorio rocoso. Kramer se agazapó sobre las rocas y me señaló algo bajo él.

Arrastrándome, llegué a su lado y atisbé por encima de las rocas. Casi debajo de ellas había una pequeña ensenada cubierta de fina arena. Pegada al muro de roca se distinguía una construcción alargada, de madera, de cuya parte delantera partían una especie de raíles hasta hundirse en el mar.

—¿Qué demonios es eso?

—Para todo el mundo, un depósito de embarcaciones de recreo. Todo este lote de terreno pertenece a un aristócrata y…

—¡Marshall! —exclamé, sin poderme contener.

—¡Cállese, condenado! ¿Por qué no empieza a cantar una marcha militar, si quiere que nos fusilen? Allí abajo es donde se almacenan las armas y hay siempre un par de guardianes. Si han traído aquí a la muchacha, habrá más.

Consultó su reloj y murmuró:

—Ya deben estar en sus puestos. Vamos a bajar.

Rodeamos las rocas y descendimos por un sendero excavado en la piedra viva. Tanto Kramer como yo pisábamos con infinito cuidado. Un pedrusco que se desprendiera y el ruido nos delataría a una milla a la redonda en aquel silencio apenas turbado por el rumor de las quietas olas.

Abajo pisamos arena. El muro trasero del edificio estaba al alcance de nuestra mano. Vimos luz por la rendija de una ventana cerrada.

—Están ahí —susurró Kramer—. Espero que él haya bajado para interrogar a la muchacha.

—¿Marshall?

—Sí.

Anduve detrás de él hasta la fachada delantera. Unas puertas enormes ocupaban buena parte de la pared. Los raíles salían de debajo, y por ellos debían deslizarse las embarcaciones de recreo, si es que había alguna, en realidad.

Kramer se encaminó hacia una puerta más pequeña. Me indicó

por señas que me colocase a un lado, de manera que el que acudiera a abrir no pudiese descubrirme. Tras esto, llamó firmemente con los nudillos.

Me pregunté dónde estarían los hombres de Kramer. No se veía ni rastro de ellos.

Una voz me sobresaltó:

—¿Quién está ahí?

—¡Kramer! Abre esa condenada puerta de una vez.

Se apresuraron a obedecerle. El hombre dijo, sorprendido:

—¡No le esperábamos esta noche, míster Kramer!

—Te apuesto que no. ¿Dónde está la chica?

—¿Cómo? ¿Qué chica?

—¡Apártate de ahí!

El hombre, que para mí no era más que una sombra oscura, se apartó y Kramer dio un paso hacia el interior. Inmediatamente, una voz distinta ordenó:

—¡Quieto, Kramer, hay una «Thomson» apuntada a su barriga!

—Vaya, vaya, el amigo Dávila. ¿De dónde has sacado el valor para hacer eso?

—Entre con las manos en alto. Y ordene a sus guardaespaldas que hagan lo mismo o le parto por la mitad.

—No te pongas nervioso. Sólo he traído uno de mis muchachos esta vez.

—Que se coloque junto a usted.

Poco más o menos eso había supuesto Kramer que sucedería, de manera que levanté las manos y entré, situándome a su lado.

—Ahora, avancen despacio.

Nos internamos en la oscuridad, pero delante de nosotros se abrió una puerta y la luz de la otra estancia me permitió ver una montaña de cajas de sólido aspecto. El local estaba abarrotado de mercancía, hasta el extremo de que los estrechos pasillos entre las estibas de cajas semejaban túneles.

Entonces pude ver también al fulano a quien Kramer había llamado Dávila. Era un tipo bajito, de rostro innoble y bigote lacio. Unos ojos demasiado pequeños para su cara parpadeaban continuamente. Sostenía una metralleta en las manos y parecía dispuesto a usarla a la menor oportunidad.

La habitación donde penetramos estaba ocupada por tres

hombres más y Wanda.

Me olvidé de los otros para mirarla a ella. Sus grandes ojos se clavaron en mí, anhelantes, atormentados y carentes de vivacidad. Estaba aturdida, con las ropas hechas jirones y surcos rojizos sobre la piel.

Apreté los dientes y comencé a bajar las manos, dispuesto a no aguardar más. Necesitaba aplastar a los que se habían atrevido a hacerle aquello a la hermosa muchacha.

La voz de Kramer me detuvo:

—¡Quieto, McKenna! ¿Quiere suicidarse?

—Un buen consejo, Kramer.

Desvié la mirada de ella para ver al que había hablado. Aun sin conocerle, supe que se trataba de Marshall. Todo en su porte delataba al aristócrata, aunque fuera un asesino.

—Lamento que haya venido, Kramer —añadió el hombre—. En cuanto he oído su manera de presentarse, he comprendido que lo había descubierto todo.

—He tardado demasiado.

—Tal vez. Pero ha ganado buen dinero hasta ahora.

—Lo mismo podría decir de usted, Marshall. Pero supongo que no tenía bastante, y quiere quedarse con mi parte en el negocio.

—Planteado así, tan crudamente, suena muy desagradable.

—Eso explica que no quisiera usted presentarme a Ramírez. Temía que su doble juego quedase al descubierto. ¿No es así?

—Acertado también —sonrió—. Ramírez era un idealista, Kramer, y con esa clase de individuos no se puede hacer negocio.

—Por eso lo ha matado.

Marshall se encogió de hombros. Wanda levantó la abatida cabeza al oír eso, y no pudo contener las lágrimas.

Kramer permitió que uno de los esbirros del aristócrata le desarmara. Después me tocó a mí, y mi «*Parabellum*» cambió de mano una vez más. Estuve tentado de recomendarle que tuviera cuidado con ella.

Marshall se recosió contra un montón de cajas. Desde allí, dijo:

—Lo mismo les sucederá a ustedes, Kramer. No quiero dejar más cosas al azar.

—He estado pensando mucho sobre esto, Marshall, mientras veníamos hacia aquí. Sé que el cerdo de Thomson inició tratos con

el periodista para revelarle todo este negocio. Estaba despechado y comenzaba a moverse por su cuenta. ¿También fue usted quien lo mató?

Marshall se echó a reír abiertamente. Comencé a pensar que el hombre no andaba bien de la cabeza.

—No —dijo—. Dávila se encargó del trabajo. Es único para eso. Incluso tuvo la suerte de poder cargarle el muerto a un detective privado… En fin, ya se enteró usted, ¿eh?

—Una buena jugada.

—Personalmente, no me gusta matar —declaró el aristócrata afablemente—. A menos que no haya otro remedio, claro está. Por ejemplo, Haldane. Me sorprendió hablando con Luigi, y ya tenía demasiados datos en su poder. Cuando empezó a seguir a Luigi, comprendí que si lo relacionaba con usted y ataba cabos, el negocio se hundía.

—Otro crimen perfecto, Marshall.

Soltó otra de sus risitas idiotas.

—Tuve que correr como un gamo, no crea, para dar un rodeo y volver al jardín por la parte de la balaustrada. Así, cuando me llamaron, yo estaba entre mis invitados.

Kramer me miró y una sonrisa aleteó en sus labios.

—¿Tiene usted bastante, «hurón»? —dijo con burla.

—Sí.

Marshall pegó un brinco.

—¿Quién es ese hombre, Kramer?

—Se llama McKenna. Está muy ofendido con Dávila porque, gracias a él, perdió su licencia.

—¡Condenado sea usted! ¿Por qué lo ha traído?

—No permita que sus nervios le hagan una trastada, Marshall. McKenna quería acompañarme porque está enamorado de Rosa.

—¡Qué estúpidos! No saldrán de aquí, naturalmente. De ahora en adelante, yo sólo conduciré el negocio. Ya tengo dinero suficiente para el primer envío y…

—¿También será entregado a los milicianos?

—¿Y por qué no?

—Ya veo. Las vidas de los hombres que van a su patria a luchar no le importan a usted, claro.

—No quiera hacerme creer que también es un sentimental,

Kramer. Esas vidas que usted menciona valen para mí cincuenta mil dólares. Los agentes del Gobierno de Cuba los pagan por cada informe.

—Era lo único que me faltaba saber. Así que usted solito va a llenarse los bolsillos, ¿eh, Marshall?

Algo en el tono de voz de Kramer hizo saltar al aristócrata.

—No le quepa duda —farfulló.

—Lo siento.

—¿Qué?

Kramer sonrió, seguro de sí.

—Jamás hubiera podido llevar usted semejante negocio. Es demasiado estúpido para ello. Su única habilidad está en organizar fiestas de sociedad en las que sonsacar a los diplomáticos, ponerse en contacto con los agentes de Cuba y demostrar a todo el mundo que es usted un perfecto aristócrata. Así aleja toda sospecha de usted, y puede utilizar este almacén sin que las pesadas lanchas que salen de noche sean investigadas. ¿Quién iba a sospechar del hombre que tiene a medio Washington en el bolsillo?

—Todavía no me ha dicho nada.

—Ahora voy a decírselo. —Kramer consultó su reloj. Una mueca distendió sus labios cuando dijo—: Exactamente dentro de tres minutos, este polvorín saltará por los aires con todos nosotros dentro. Ésa es mi jugada final, Marshall.

Se quedaron mudos de estupor. Miré a Wanda. Estaba empezando a sonreír. ¡Sonreía cuando acababa de saber que iba a volar hecha pedazos!

El escuchimizado Dávila barbotó:

—No lo creo. No estaría él aquí si…

—Yo sé jugarme la vida cuando es preciso, Dávila —afirmó Kramer—. Hay otra cosa todavía. El resto de mis hombres rodean el edificio desde una distancia prudencial. Ametrallarán a todo el que intente abandonar el lugar. Les he dejado suficiente dinero para que rae obedezcan hasta el final.

Marshall empezó a preocuparse de veras.

—¡No puede haber hecho eso! Es una locura.

—Aguarde dos minutos y podrá comprobarlo. Me pregunto si su amante esposa recibirá algún pedacito de usted.

Se echó a reír con risa nerviosa. Los hombres que nos

amenazaban con sus armas comenzaban a perder la serenidad y se miraban entre ellos con la duda retratada en el semblante.

Hasta que uno de los pistoleros no pudo resistir más.

—¡Díganle que de contraorden, maldito sea! No pueden matarnos así… ¡Dígaselo usted, míster Marshall!

El aristócrata vacilaba. Se resistía a creer en semejante barbaridad.

De pronto, ordenó:

—Tú, Miguel… Sal afuera. Así veremos qué hay de verdad en eso.

El llamado Miguel, un individuo alto y delgado y con una cabeza enorme, no se lo hizo repetir dos veces. Debió calcular que saliendo del almacén abarrotado de municiones tenía una oportunidad.

Echó a correr y todo el mundo esperó con los nervios en tensión. Oímos abrirse la puerta, un segundo de silencio, y al instante resonó una andanada larga como un trueno. Algunas de las balas dieron contra la pared de madera y mi corazón casi se detuvo. Lo que tenía que ser una prueba de nervios amenazaba con hacernos volar de veras.

Fuera, Miguel dejó escapar un alarido. Fue la prueba que necesitaban los demás.

Dávila declaró, con voz temblorosa:

—Está bien, Kramer. Diga qué quiere para dar contraorden.

Kramer sonrió con toda su boca.

—Apenas queda tiempo. ¿Qué le parece, Marshall?

Dávila volvió a tomar la iniciativa:

—¡Al diablo el viejo! No queremos morir hechos pedazos.

—Muy bien, Dávila. Tiren todas las armas… y no pierdan un segundo.

Se apresuraron a obedecer. Marshall permaneció rígido, pálido como un muerto.

Me moví a toda la velocidad que mis entumecidos miembros me permitieron, y reuní todo el armamento en un rincón. Guardé mi vieja automática y me entretuve en registrarlos uno a uno. Ninguno conservaba ni un cortaplumas.

Dávila chilló:

—No pierda tiempo, idiota. ¿Quiere que saltemos por los aires?

No le hice caso y me ocupé de Wanda, librándola de sus

ataduras. Cayó en mis brazos, incapaz de sostenerse.

—¿Quién te ha hecho eso, querida? —susurré junto a su oído.

—Dávila…

—Ajá.

Kramer se había apoderado de la metralleta. Con ella en la mano, montada a punto de disparar, ordenó:

—¡Todos en aquel rincón, vivo! Junto a Marshall…

—Pero volaremos, si no salimos de aquí —casi sollozó Dávila.

—Nadie va a volar… todavía. Llame a mis muchachos, McKenna.

Salí a la puerta, pero antes de asomar la cabeza, grité para darme a conocer. Entonces surgieron los pistoleros como salidos de la tierra.

Pero faltaba uno.

—¿Dónde está el otro? —indagué cuando hubieron entrado.

—Monta guardia. No se preocupe de él.

Noté la ironía de Kramer, pero lo olvidé para ocuparme de Wanda. Traté de cubrirla lo mejor que pude. Iba recobrándose por momentos. La dejé sentada sobre una caja y me acerqué a Dávila. Nadie pudo evitar que lo levantara del suelo con un gancho que lo lanzó contra las cajas. Antes que cayera al suelo, lo cacé otra vez, y estuve golpeándole hasta que apenas si pude sostenerme en pie.

Kramer se rió al verme andar a trompicones.

—Es usted muy flojo, McKenna, y ahora lárguese de aquí. Llévese a la chica y esperen en los coches.

—¿Qué se propone hacer?

—Dejar a todos estos amarrados como fardos. Andando, ¿no tiene nada que decirle a Rosa, entretanto?

¡Diablo, sí tenía cosas que decirle!

La llevé por el sendero de las rocas hasta los coches. Allí se relajó y empezó a llorar mansamente, apoyada en mi pecho.

—Estaba segura de morir, Lester —balbuceó—. Y sin embargo, en el fondo de mi desesperación, quedaba tu recuerdo. Y supe que vendrías. ¿Comprendes tú esto?

—No, pero ahora estás a salvo y creo que me has cazado, niña.

La abracé, y sus labios, húmedos de lágrimas, me dijeron sin palabras lo que yo había deseado preguntarles.

La sentí estremecerse entre mis manos. Pareció que el tiempo se

detenía para nosotros. Solamente cuando sus labios se apartaron en busca de aire, advertí el tiempo que tardaba Kramer en regresar.

Empecé a inquietarme y a pensar en volver abajo, pero ella me detuvo con sus labios y una vez más, el mundo dejó de tener importancia para nosotros.

Así nos encontró Kramer.

—Será mejor que dejen eso para después, McKenna —dijo, burlón—. Ahora tenemos que largarnos de aquí.

Los demás pistoleros también se divertían con la escena, de manera que callé y llevé a Wanda hasta el primer coche, un «Cadillac» negro y rutilante.

Entonces me volví a Kramer.

—¿Por qué no se meten todos en un coche? —dije—. Wanda y yo tenemos algo importante que hacer.

—¿De veras? —Se volvió a sus hombres—. ¿Qué opinan, muchachos?

La asamblea aceptó el trato, entre risitas sardónicas. Su jefe dijo como despedida:

—He arrancado una declaración escrita a Marshall, McKenna. Con ella podrá sacar a su amigo de la sombra.

Tomé el papel y lo guardé en un bolsillo.

—Igualmente servirá después la declaración personal de ese condenado criminal.

—Sí, claro. Pero de momento no pierda usted ese papel.

—¿Cuándo volveré a verle, Kramer?

—¡Quién sabe! Tengo que continuar mis negocios.

—Ya veo. Más armas, ¿eh?

—Pero éstas llegarán a su destino. Oiga, que Rosa está esperándole.

—Sí. Me alegra haberme equivocado respecto a usted.

—No lo diga todavía. Ya nos veremos alguna vez.

Entré en el coche, lo puse en marcha y abandoné el desvío, internándome por la carretera general. Rosa apoyó la cabeza en mi hombro y susurró:

—Esos canallas… Merecían mil muertes…

—Sí, claro, pero…

Callé de golpe. Un estampido enorme sacudió la tierra y hasta el coche lo acusó. Frené en seco, asustado, y al volver la cabeza atrás

pude ver una inmensa llamarada elevándose hacia el cielo claro.

Después de todo, el depósito de municiones había estallado.

Me estremecí al imaginar que los hombres de Marshall, junto con su jefe, debían estar dentro en el momento del estallido.

—¿Te das cuenta? —balbuceó Rosa—. No era una bravata de Kramer.

—Debí suponerlo. Él ha dicho que iba a continuar sus negocios. No habría podido hacerlo, si Marshall estaba vivo para delatarlo, y también por eso le ha arrancado la confesión escrita. ¡Maldito sea!

Rosa me echó los brazos al cuello y de nuevo sus labios cerraron los míos.

Ya no me preocupé más de la explosión, ni de los criminales ni de Marshall, cuyos pedazos, justo entonces, debían empezar a caer.

Sólo el otro coche de Kramer, abarrotado con los pistoleros unos encima de otros, nos arrancó momentáneamente de nuestro éxtasis.

Pasó a nuestro lado como una centella. Su claxon berreó escandalosamente y finalmente quedó mudo… El coche se perdió tras una curva.

—Déjalos —suspiró Rosa.

—Ya los he olvidado.

La estreché entre mis brazos. Mientras la besaba, pensé que para haber sido un caso que nadie iba a pagarme, me había jugado la piel demasiadas veces.

Naturalmente, había un premio también…

El que estaba bajo mis labios en aquellos instantes.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds)
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.